

73
28j'



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

**"CONSIDERACIONES SOBRE EL
ESTUDIO TEORICO DE LAS
RELACIONES INTERNACIONALES"**

T E S I S
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADO EN RELACIONES INTERNACIONALES
P R E S E N T A
DAVID J. SARQUIS-RAMIREZ

MEXICO, D. F.

1988



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

I N D I C E

	<u>PAGINA</u>
PROLOGO	1
INTRODUCCION	6
 <u>CAPITULO I "EL QUEHACER TEORICO"</u>	
- 1. La voluntad de saber	16
- 2. La naturaleza de los fenómenos sociales	17
- 3. La Definición del Objeto de Estudio	21
- 4. El Lenguaje	24
- 5. La Visión del Mundo	26
- 6. El Sujeto y el Objeto	29
- 7. El Tiempo	35
- 8. La magnitud del problema	38
 <u>CAPITULO II "La visión del materialismo histórico y dialéctico"</u>	
- 1. Postulados básicos	42
- 2. El carácter histórico del materialismo	51
- 3. Su carácter dialéctico	56
- 4. La totalidad y la praxis	59
- 5. La cuestión del Método	62
- 6. El Objeto de estudio	63
- 7. El panorama de las relaciones internacionales -- desde la óptica del materialismo histórico y -- dialéctico	66

PAGINA

CONSIDERACIONES FINALES	75
BIBLIOGRAFIA	79

El esfuerzo teórico no es una evasión, sino un medio para aprehender mejor la realidad.

MARCEL MERLE

P R O L O G O

El presente trabajo representa un intento de aproximación hacia algunos de los problemas implícitos en el estudio teórico de las relaciones internacionales, a la vez que un análisis de las perspectivas de solución que el materialismo histórico y dialéctico ofrece ante esta problemática.

El doble propósito así enunciado para el desarrollo del trabajo requiere de algunas definiciones iniciales.

Entiendo por "estudio teórico", el proceso que se inicia en la búsqueda y selección de información para el análisis de un cúmulo de hechos observados, con el objeto de establecer conexiones explicativas sobre su causalidad. En el transcurso de dicho proceso, se identifican o se formulan, tanto los procedimientos metodológicos como los principios epistemológicos que necesariamente se emplearán como marco conceptual de referencia en la interpretación de nuevos hechos.

Por otro lado, partiré de una concepción relativamente simplista de las relaciones internacionales, (misma que intentaré precisar a lo largo del trabajo), al definir las como el cúmulo de procesos que ocurren al interior de una frontera determinada, cuyo seno se denomina "comunidad internacional".

Ahora bien, qué significa estudiar las relaciones internacionales desde un punto de vista teórico y cuáles son los problemas que entraña este tipo de estudio?

La respuesta a la primera de estas cuestiones puede formularse en términos de nuestras dos definiciones iniciales, señalando que estudiar las relaciones internacionales desde el punto de vista teórico significa observar e interpretar, desde la perspectiva de un marco conceptual determinado, los procesos que ocurren al interior de la comunidad internacional.

Sin embargo, la segunda de las preguntas planteadas exige una respuesta significativamente más compleja. Antes que otra cosa, resulta indispensable identificar el punto de partida epistemológico en el que dicha respuesta se origina. Ingresamos entonces de lleno en las variaciones de tono que da a cada intento de respuesta, la peculiar visión del mundo que sustenta cada teórico y con ello, a todo un cúmulo de problemas que desde las épocas de sus más tempranos esfuerzos reclama como patrimonio propio la filosofía.

En este sentido, el estudio teórico de las relaciones internacionales resulta por definición un proceso intrínsecamente vinculado con el quehacer filosófico.

A partir de estas observaciones iniciales, cabe ya cuestionar si es que el estudio teórico de las relaciones internacionales se distingue esencialmente respecto a cualquier otro tipo de estudio teórico en el área de la ciencia social.

Si respondemos a este cuestionamiento en forma afirmativa, estaríamos partiendo de un supuesto según el cual, efectivamente, habría que fragmentar la realidad, o mejor dicho, buscar en el contexto de una realidad atomizada, una

fenomenología específica sobre la cual formular un marco teórico conceptual particular.

Cuando por el contrario, se plantea una respuesta negativa ante esta cuestión, se deja abierta la posibilidad de ubicar esa fenomenología específica que nuestra materia de estudio pretende explicar, en el contexto general de la realidad que se genera a partir de la actividad del hombre en sociedad. De esta manera, podemos enfocar la problemática de la formulación teórica para su estudio, desde el punto de vista de la experiencia acumulada en la elaboración de los supuestos epistemológicos que nos guían para el análisis de la ciencia social en su conjunto. En otras palabras, si aceptamos como válido el criterio de que el estudio teórico para cualquier rama de la ciencia social es esencialmente un proceso unitario, nos hallamos ante la posibilidad de postular precisamente, la unidad del proceso científico como tal.

Al reconocer el carácter unívoco de la realidad, el materialismo histórico y dialéctico ha abierto el camino hacia una concepción totalizadora de la praxis humana que crea y transforma el medio en el que se desarrolla. La formulación precisa de esta concepción concentra los esfuerzos de los estudiosos en el área de la teoría social dentro del materialismo, y pretende ser aplicable a todas las facetas de análisis identificables en esa realidad creada por la praxis humana.

Si bien es cierto que para una mentalidad pragmática, esta labor teórica representa lo más parecido a la construcción de "castillos en el aire" (creencia sin duda fomentada por el hecho de que los análisis de tipo teórico en el ámbito de la ciencia social han sido manejados tan elásticamente que en el curso de este siglo han permitido la aparición de las más

variadas corrientes ideológicas*); la necesidad de un estudio de tipo teórico resulta inobjetable, toda vez que:

- 1.- es el único medio disponible para organizar el cúmulo de conceptos que se requieren para la interpretación de los fenómenos observados en la realidad, y en ausencia de los cuales, ésta no constituye sino un azaroso caos de información; y de esta manera;
- 2.- permite la consolidación de los principios epistemológicos que constituyen la base, tanto del modo de interpretación, como de la guía de acción, para la praxis del sujeto cognocente que crea y transforma su medio.

He encontrado la mejor justificación para el desarrollo de este trabajo, en el siguiente texto de Marcel Merle:

"Quizá algunos se asombren, de ver dedicados tantos esfuerzos a unas abstracciones, mientras que la acumulación de hechos es tan abundante. Responderemos que los hechos ya son considerados en otros lugares y además, sobre todo, que la interpretación de los hechos está estrechamente condicionada por el punto de vista en el que, inevitablemente, se sitúa el observador (...) ¿cuál es la explicación más significativa de los hechos, ya se trate del subdesarrollo o del equilibrio del terror? ¿qué relación hay entre estos hechos y estas explicaciones? Para contestar a estas interrogantes es necesario pasar por unos esquemas que varían totalmente según se sea marxista o liberal, nacionalista o mundialista" (Marcel Merle "Sociología de las Relaciones Internacionales" Editorial Alianza Universidad N.º. 215, Madrid, 1978 pp. 14-15)

* Estas corrientes han sido ya evidenciadas como meros esquemas que, amparados en un nebuloso cientificismo, sólo han tratado de justificar un cierto "estado de cosas". Cfr. P. Fougeyrollas "Ciencias Sociales y Marxismo" Editorial Fondo de Cultura Económica, México, 1981.

Al concebir al fenómeno de las relaciones internacionales en el contexto de una realidad unívoca, el problema de la teorización sobre su carácter específico queda entonces incluido en el marco general de la teorización misma sobre esa realidad global.

De esta manera, el materialismo histórico y dialéctico aporta su solución a un problema que, para otras corrientes de pensamiento ha constituido un obstáculo prácticamente insoluble, toda vez que sus análisis teóricos, se estancan en torno al tema de "la especificidad" de nuestra materia de estudio; misma que, de hecho, se "oculta", tras un mundo de interconexiones en el que "lo internacional" no constituye más que un ángulo de observación de un todo único.

Desde este punto de vista, puede decirse que el trabajo tiene por objeto, primeramente identificar el tipo de problemas a confrontar desde la perspectiva del quehacer teórico como tal; para en seguida explorar la potencialidad de una visión del mundo que, asimilando la experiencia del análisis social total, facilita la comprensión de una problemática particular en el contexto general de la ciencia.

Cuando los conocimientos de un hombre
no se encuentran organizados,
mientras más adquiere, mayor es su
confusión.

HERBERT SPENCER

I N T R O D U C C I O N

1. Como fenómeno observable en la praxis y consecuentemente en su condición de actividad académica, las relaciones internacionales han venido recibiendo un impulso creciente en el curso de, por lo menos, los últimos setenta años.

Si bien es cierto que en el panorama académico de Occidente, la consolidación de las relaciones internacionales como disciplina científica autónoma es aún incierta en el contexto de las llamadas 'ciencias sociales' *; basta con un somero análisis de la práctica cotidiana en el mundo contemporáneo para extraer una multiplicidad de ejemplos cada vez más patentes de la necesidad de un estudio organizado sobre

* Sobre este particular cabe destacar tres aspectos sobresalientes del problema: 1) el lugar que ocupan las relaciones internacionales entre las llamadas ciencias sociales constituye el punto de partida de la mayoría de los estudiosos del tema, sin que a la fecha se haya logrado un acuerdo básico al respecto; 2) en la mayor parte de las universidades que imparten estudios en relaciones internacionales, aunque los especialistas se debaten por justificar la autonomía de la disciplina, ésta sólo figura como grado de especialización en sociología o en ciencia política y 3) para la mayoría de los especialistas que tratan el caso de las ciencias sociales en forma genérica, las relaciones internacionales sencillamente no figuran de manera independiente. Cfr. por ejemplo: Pierre Fougeyrollas "Ciencias Sociales y Marxismo"; Maurice Duvergier "El Método en las Ciencias Sociales"; Lucien Goldmann "Las Ciencias Humanas y la Filosofía", Jean Piaget, et al. "Tendencias de la investigación en las Ciencias Sociales".

"lo internacional", como faceta ineludible de la realidad (universo o totalidad) que ocupa a los estudiosos de la ciencia social.

Desde luego que, ya a partir de esta observación, la pregunta obligada es si ese panorama que plantea la existencia de diversas "ciencias sociales" es el adecuado para la cabal comprensión de la problemática que deseamos analizar. No es este el sitio para entrar en detalle respecto al origen de la fragmentación del estudio de los fenómenos sociales en parcelas minúsculas de actividad, según áreas supuestamente delimitadas. En este sentido, basta con recordar que, como premisa de trabajo hemos adoptado el postulado que proclama la búsqueda de la unidad del proceso científico.

Otra de las premisas fundamentales que se encuentran en el punto de partida del trabajo, es precisamente que ese "estudio organizado" de lo "internacional" sólo resulta posible en función de una delimitación clara y precisa de los conceptos utilizados, no con un sentido esencialista, en virtud del cual la definición misma del concepto debe brindarnos una descripción exhaustiva del fenómeno en cuestión, sino meramente una delimitación que permita el análisis de cualquier aspecto del problema, a la vez que la identificación de la visión del mundo que los sustenta.

2. La mayor parte de los problemas que agobian al mundo en la actualidad, independientemente de su lugar de origen, y del sitio donde físicamente se manifiestan, tienen como denominador común, precisamente el hecho de su trascendencia a nivel mundial. De esta manera, fenómenos como la crisis de la energía, la cíclica depresión de la economía, el endeudamiento creciente de los países en vías de desarrollo y su consecuente amenaza al sistema monetario y financiero internacional, la delicada situación del Medio Oriente, los conflictos en

Centroamérica y el Atlántico Sur, el juego del avance y retroceso del socialismo en Europa, la transferencia de tecnología, la amenaza del hambre y el desempleo, o del holocausto nuclear, son todos, al igual que muchos más, la expresión más evidente de un mundo cada vez más interdependiente, en el que la frontera entre "lo nacional" y "lo internacional" adquiere un carácter meramente formal.

Silviu Brucan observa atinadamente en su obra, "La Disolución del Poder":

"Hoy en día es cada vez más difícil saber si una crisis económica o una depresión ha sido causada por elementos internos o por elementos externos" (Silviu Brucan "La Disolución del Poder", Ed. Siglo XXI, México 1974, p. 28)

Como consecuencia inmediata de esta realidad, puede destacarse la cada vez mayor participación de los egresados de esta área de estudio en la estructura del Poder Público en nuestro país. Hoy en día prácticamente todas las dependencias gubernamentales en México cuentan, por lo menos con un área de asesoría encargada de asuntos internacionales; trátase del ramo de Comunicaciones y Transportes, Pesca, Marina o Energía, por sólo nombrar unos cuantos, independientemente de la creciente importancia del sector diplomático y del Servicio Exterior, así como la participación nacional en Organismos Internacionales y cuestiones de política exterior, del Tercer Mundo en general y de la zona Centroamericana y del Caribe en particular.

No hay duda de que todos estos fenómenos en su conjunto han venido estimulando el desarrollo académico de la disciplina. En realidad no podía ser de otra forma, como acertadamente señala Max Weber, la mayor parte de las disciplinas sociales ha nacido como expresión de una necesidad

histórica*. Es justamente en virtud de esta necesidad, que actualmente las generaciones de internacionalistas, así como las instituciones que imparten esta licenciatura, son cada vez más numerosas, y los planes de estudio se revisan y superan periódicamente buscando preparar especialistas cada vez más completos.

3. Entre las materias de estudio que integran los problemas de la carrera, destacan por su importancia las destinadas al estudio teórico de la disciplina. Lamentablemente, esta importancia no se hace evidente en forma inmediata para la mayoría del estudiantado, que tradicionalmente confronta el estudio teórico, de cualquier índole (ya sea en física, química, matemáticas o ciencia social), con una desafortunada mezcla de apatía y/o temor. En términos generales, la problemática de la teorización en la ciencia está considerada como una área demasiado árida o nebulosa del quehacer científico, y en consecuencia recibe escasa atención en comparación con otras áreas.

Parte de este problema radica sin duda en una inadecuada enseñanza de la materia, que prácticamente se limita a una exposición meramente descriptiva de doctrinas históricamente notables en nuestra área; lo cual ha contribuido en cierta medida a ocultar las dificultades reales del estudio teórico y menospreciar su importancia.

Por otra parte, la necesaria vinculación de la problemática de la teorización con cuestiones de orden filosófico, también ha propiciado el alejamiento de los investigadores, o su desorientación en el terreno de la

* Cfr. Max Weber "Sobre la teoría de las Ciencias Sociales". Ediciones Península. Barcelona 1977, esp. pp. 7-11.

especulación metafísica.

4. Que el origen de la problemática de la teoría en la ciencia, particularmente en las ramas dedicadas al estudio de los fenómenos sociales, tiene sus raíces más profundas en cuestiones a las que la filosofía ha estado avocada desde sus más tempranos esfuerzos es algo ampliamente reconocido por los más diversos autores.

"Todo científico representante de cualquier ciencia emplea los conceptos: lo material y lo ideal, el movimiento y la quietud, la discontinuidad y la continuidad, la causa y el efecto, la verdad y el error y otros varios conceptos más generales. El sentido que el científico imprime a tales conceptos le parece con frecuencia algo que se sobre-entiende por sí mismo. Pero en realidad el sentido de ellos está ligado íntimamente con cierta comprensión de problemas y leyes que estudia la filosofía (...) tomándose en efecto por cierta una solución determinada, en la comprensión de las leyes generales, los científicos comprendalo o no, ocupan de hecho unas u otras posiciones en filosofía". (V. Bogulasvski et al. "El Materialismo Dialéctico e Histórico". Ensayo de Divulgación Ed. Progreso. Moscú 1976, p. 46).

Lucien Goldmann en su introducción a "Las Ciencias Humanas y la Filosofía" destaca:

"Si la filosofía es algo más que una simple expresión conceptual de las diferentes visiones del mundo, si aparte de su carácter ideológico nos trae ciertas verdades fundamentales referentes a las relaciones del hombre con otros hombres, y de los hombres con el universo, entonces estas verdades deben hallarse en la base misma de las ciencias humanas, y notablemente en sus métodos" (Lucien Goldmann "Las Ciencias Humanas y la Filosofía", Colección Fichas No. 2. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina, 1972 p.7)

Por su parte, Jean Piaget, una de las figuras contemporáneas más destacadas en el ámbito de la ciencia social observa:

especulación metafísica.

4. Que el origen de la problemática de la teoría en la ciencia, particularmente en las ramas dedicadas al estudio de los fenómenos sociales, tiene sus raíces más profundas en cuestiones a las que la filosofía ha estado avocada desde sus más tempranos esfuerzos es algo ampliamente reconocido por los más diversos autores.

"Todo científico representante de cualquier ciencia emplea los conceptos: lo material y lo ideal, el movimiento y la quietud, la discontinuidad y la continuidad, la causa y el efecto, la verdad y el error y otros varios conceptos más generales. El sentido que el científico imprime a tales conceptos le parece con frecuencia algo que se sobre-entiende por sí mismo. Pero en realidad el sentido de ellos está ligado íntimamente con cierta comprensión de problemas y leyes que estudia la filosofía (...) tomándose en efecto por cierta una solución determinada, en la comprensión de las leyes generales, los científicos compréndalo o no, ocupan de hecho unas u otras posiciones en filosofía". (V. Bogulasvski et al. "El Materialismo Dialéctico e Histórico". Ensayo de Divulgación Ed. Progreso. Moscú 1976, p. 46).

Lucien Goldmann en su introducción a "Las Ciencias Humanas y la Filosofía" destaca:

"Si la filosofía es algo más que una simple expresión conceptual de las diferentes visiones del mundo, si aparte de su carácter ideológico nos trae ciertas verdades fundamentales referentes a las relaciones del hombre con otros hombres, y de los hombres con el universo, entonces estas verdades deben hallarse en la base misma de las ciencias humanas, y notablemente en sus métodos" (Lucien Goldmann "Las Ciencias Humanas y la Filosofía", Colección Fichas No. 2. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina, 1972 p.7)

Por su parte, Jean Piaget, una de las figuras contemporáneas más destacadas en el ámbito de la ciencia social observa:

"No debemos engañarnos; "La unidad de la ciencia", que es nuestro objetivo común, en el sentido de concebir dicha unidad como un conjunto de interdependencias y complementariedades entre las diferentes disciplinas, sin intentar ninguna uniformización artificial, la unidad de la ciencia, digo, sólo puede hacerse a expensas de la filosofía". (Jean Piaget "Psicología y Epistemología", Colección Quincenal No. 57, Ed. Ariel, Barcelona 1975, p. 116

Al hablar del caso de la historia, Adam Schaff apunta con mayor precisión:

"La situación de hecho, demuestra que la historia, al igual que las otras ciencias, plantea problemas que son por excelencia filosóficos, y que no pueden resolverse honestamente sin recurrir al patrimonio de la filosofía" (Adam Schaff "Historia y Verdad", Colección Teoría y Praxis No. 2, Ed. Grijalvo, México 1974, p. 106.

El nexo con la filosofía no es extraño a los internacionalistas dedicados a cuestiones de orden teórico. Resulta claro que en ausencia de un marco teórico-conceptual estructurado, cualquier ejemplo empírico, difícilmente representará más que un caos de información acomodable para vincular prácticamente cualquier proposición con cierta forma de entender la realidad;

"Si los 'hechos' son artificial y arbitrariamente seleccionados y acomodados", nos dice Joseph Frankel, "tenemos que articular las ideas que determinan nuestra interpretación y nos permiten organizar el caos exterior en algún grado comprensible de orden: Este es el papel de la teoría; de la especulación filosófica que tradicionalmente ha sido considerada como competidora de la historia, aunque en muchos aspectos la ha complementado. La teoría no ha sido tarea exclusiva de los filósofos; todo gran historiador ha tenido, cuando menos implícitamente, una teoría de la historia, sin la cual no habría podido lograr una narrativa ordenada" (Joseph Frankel "International Politics" Pelican Books, London 1973, p. 29)

5. A partir de este reconocimiento, el vínculo que debiera unir a la filosofía con la ciencia, particularmente con la

ciencia social, debería ser considerablemente más sólido. Sin embargo, hoy en día parece cada vez más endeble. Especialmente a partir del Siglo XVII, y hasta nuestros días en que la ciencia ha llegado a convertirse en uno de los grandes mitos de la humanidad y el calificativo de "científico" aplicado ya al conocimiento, ya al método, incluso al propio individuo, parece determinar un divorcio automático con lo "filosófico".

Resulta claro que el notable avance logrado por las llamadas ciencias naturales a partir de la aplicación del método científico preconizado por Francis Bacon y consolidado por René Descartes e Isaac Newton es en gran medida el origen del conflicto entre ciencia y filosofía, que alcanza su máxima expresión en la convicción positivista que indica:

"La ciencia positiva adquiere un dominio de su objeto en la medida en que se libera de toda injerencia filosófica (...), la filosofía es una supervivencia ideológica que ya no tiene razón de ser y de la cual hay que liberarse" (L. Goldmann, op. cit. pp. 7-8)

El propio Descartes anunciaba ya con toda precisión:

"Nada diré de la filosofía, sino que, al ver que ha sido cultivada por los más excelentes ingenios que han vivido desde hace siglos y, sin embargo, nada hay en ella que no sea objeto de disputa y, por consiguiente, dudoso; no tenía yo la presunción de esperar acertar mejor que los demás; y considerando cuan diversas pueden ser las opiniones tocantes a una misma materia, sostenidas todas por gentes doctas, aún cuando no puede ser verdadera más que una sola, reputaba casi por falso todo lo que no fuera más que verosímil. Y, en cuanto a las demás ciencias, ya que toman sus principios de la filosofía, pensaba yo que sobre tan endebles cimientos no podía haberse edificado nada sólido". (René Descartes, "Discurso del Método" Editora Nacional, México 1976, p. 36)

Para el materialismo histórico, resulta claro que esa ruptura con la filosofía, deriva de una ingenua o maliciosa

suposición en el sentido de que es posible obtener un conocimiento exacto de los hechos si tan sólo al evaluarlos , somos capaces de hacer a un lado nuestros prejuicios y nuestras predisposiciones subjetivas. Ya desde el siglo pasado, el materialismo histórico y dialéctico sentó las bases para una filosofía de la praxis que fustiga la tarea meramente interpretativa o contemplativa del quehacer filosófico. En tal virtud, parece oportuno añadir ahora que nuestra definición inicial del "estudio teórico" constituye la contrapartida, y de hecho, sólo puede ser entendida como complemento del "estudio práctico" de la realidad, es decir, del análisis concreto de los fenómenos observados, y su contrastación con el marco teórico de referencia empleado para el análisis, más que con un mero afán gnoseológico, con la intención de posibilitar la transformación consciente del mundo.

Hoy en día, incluso algunas corrientes de pensamiento no-materialista reconocen que:

"No es posible conocer la naturaleza en el sentido en el que Bacon, Descartes y Newton preconizaron. La idea de que los seres humanos son capaces de abstraerse a sí mismos de la naturaleza y descubrir sus más entrañables secretos, para luego utilizarlos como un cuerpo fijo de verdades para manipular al mundo natural es falaz. En primer término, como señaló alguna vez el científico Niels Bohr, porque todos somos a la vez actores y espectadores del mundo que nos rodea y del cual no podemos desvincularnos, no importa cuan arduamente lo intentemos. En segundo lugar, porque la noción de un "cuerpo fijo" de verdades, en el sentido determinista de la física clásica se ha vuelto insostenible en la medida en que experimentamos un universo de continuas fluctuaciones e inestabilidad" (Jeremy Rifkin and Ted Howard "Entropy: A New World View" Bantam Books, New York, 1981 p. 15)

Definitivamente está más allá del alcance de este trabajo el analizar en detalle las causas del cientificismo resultante del divorcio entre la ciencia y la filosofía. Pero si, como señala Marcel Merle:

"la única razón de ser del esfuerzo de teorización es que nos permite informar de la realidad, y de la totalidad de la realidad" (M. Merle, op. cit. p. 15),

entonces considero que cualquier trabajo sobre teoría de las relaciones internacionales resultaría definitivamente parcial si no completa su rodeo teórico con el "patrimonio de la filosofía".

"Si la filosofía aporta realmente verdades acerca de la naturaleza del hombre", nos dice Lucien Goldmann,

"entonces, toda tentativa de eliminarla, altera necesariamente la comprensión de los hechos humanos. En este caso, las ciencias humanas deben ser filosóficas para ser científicas" (L. Goldmann, op. cit. p. 8)

6. Siguiendo esta línea de pensamiento, el primer capítulo de este trabajo estará dedicado a un somero análisis de esa problemática de origen filosófico que, según considero, constituye un punto de partida fundamental para todo ensayo de investigación teórica en cualquier área del conocimiento relativa a la praxis humana.

A continuación, el segundo capítulo estará dedicado al análisis de la herramienta conceptual que el materialismo histórico y dialéctico ha aportado como respuesta a las necesidades planteadas por el estudio teórico.

Es cierto que a la fecha, el materialismo histórico y dialéctico no ha producido una cantidad de literatura siquiera comparable a la abundancia de escritos que han producido otras corrientes de pensamiento sobre el tema específico de las relaciones internacionales.

Para los detractores del materialismo, ésta constituye

La evidencia más clara de la deficiencia de esta doctrina, para afrontar el problema que representa la especificidad de las relaciones internacionales en el contexto de las ciencias sociales y, en consecuencia, para abordar cualquier otro problema desde su perspectiva.

Obyia decir que la diferencia cuantitativa en cuanto a material impreso no representa ningún argumento sólido en contra del materialismo, o en su caso, en favor de cualquier otra corriente de pensamiento. La apología o el ataque contra una escuela filosófica debe enfocarse hacia la solidez de sus conceptos y su contraste con la práctica, y no necesariamente, en función de la cantidad de material escrito que es capaz de producir.

Por último, el capítulo final estará dedicado a la presentación de las conclusiones del trabajo.

La salud de una disciplina científica exige al científico cierta inquietud metodológica; la preocupación por tomar consciencia del mecanismo de su comportamiento y cierto esfuerzo reflexivo sobre los problemas concernientes a la "teoría del conocimiento" que su comportamiento plantea.

H.J. MARROU

Capítulo I.

1. La voluntad de saber.

El hombre es un infatigable cuestionador de sí mismo así como del medio que le rodea. Si hubiese que elegir una sola característica para la plena identificación del género humano, es muy probable que su afán cognocitivo pudiese considerarse como la característica más propiamente distintiva de la humanidad.

El hombre se cuestiona sobre sí mismo y sobre el cúmulo de fenómenos que observa en el entorno que circunscribe su existencia; se cuestiona e intenta todo tipo de respuestas tendientes a explicar aquello que le es dado percibir y a partir de lo cual pone en funcionamiento esa compleja entidad que constituye su intelecto.

Hay desde luego todo tipo de explicaciones; desde las más simples hasta las más elaboradas, y es probable que la historia misma del pensamiento científico (que no es otra cosa sino la relación de ideas mediante las cuales el hombre se

explica sistemáticamente su entorno), pudiera ser analizada a la luz de este afán genérico por comprender.

En función de su objetivo, este trabajo está relacionado con el análisis de la problemática que deben afrontar quienes pretenden elaborar explicaciones, a partir de las dificultades que invariablemente encontrarán por el camino.

Naturalmente que hay explicaciones que "explican" muy poco; otras que, más que nada, pretenden justificar alguna creencia, o fomentar un cierto estado de cosas, así como explicaciones que, verdaderamente son el fruto de una reflexión profunda en torno al fenómeno observado. En otras palabras, la variedad de "explicaciones" es tan grande que cubren desde las meras corazonadas... hasta las teorías. A lo largo de la historia, el hombre ha venido desentrañando una serie de fenómenos que ocurren a su alrededor mediante una observación atenta, una reflexión profunda, una cuidadosa elaboración de hipótesis y una aún más cuidadosa verificación empírica de sus hipótesis para convertirlas en teorías. Este esquema operativo que hoy en día conocemos como "método científico" es precisamente la piedra angular sobre la cual se desarrolla la ciencia que permite al hombre no solo la comprensión, sino un cierto grado de control sobre la naturaleza.

2. La naturaleza de los fenómenos sociales.

Para la ciencia contemporánea resulta evidente que la mejor manera de evaluar una explicación consiste en contrastarla con el fenómeno que intenta explicar. Sin embargo, este procedimiento de constatación empírica, que tan favorables resultados ha dado para el avance de la ciencia, se topa, en el caso específico de la fenomenología social, con una serie de obstáculos en torno a las cuales se desarrolla

este trabajo.

Con el propósito de ilustrar una exposición en torno a las dificultades de la explicación científica, presenté en alguna ocasión el siguiente ejemplo ante un grupo de clase: después de colocar dos vasos cerca de la orilla del escritorio, mediante un ligero empujón, tiré uno de ellos al piso, cuando pregunté al grupo porqué había caído el vaso, la respuesta no tardó en surgir: "porque tu lo empujaste", me dijeron; en seguida empujé el segundo vaso, sólo que en esta ocasión, hacia el centro del escritorio. Observé entonces ante el grupo que, no obstante que acababa de empujar el segundo vaso, éste no había caído como en el caso anterior.

Sencillo como es, el ejemplo pone claramente de manifiesto los obstáculos que entraña cualquier intento de explicación sobre un fenómeno observado.

Es probable que para una mentalidad pragmática, la explicación que se basa en la acción ejercida sobre el primer vaso resulte más que suficiente. Sin embargo, basta una breve reflexión para constatar su insuficiencia; después de todo, el segundo vaso también fue empujado!

Ahora bien, resulta pertinente cuestionar en dónde radica la importancia de la explicación que se formula toda vez que de ella depende no sólo el grado de comprensión al que llegamos sobre el fenómeno en sí, sino a su vez, el grado de control que para efectos prácticos llegamos a tener de él.

Es evidente que cualquier intento de explicación quedaría incompleto si no tomara en cuenta toda una gama de elementos y la interrelación que guardan entre sí y que en el caso de nuestro ejemplo van, desde la Ley de la Gravedad, hasta la acción efectivamente ejercida sobre el vaso. También

es evidente que algunos de esos elementos explicativos del fenómeno no resultan ni inmediata ni abiertamente asequibles al observador y sobre ellos se tendrá que "especular", en el sentido de indagar racionalmente estableciendo interconexiones (que luego deberán verificarse empíricamente), entre factores aparentemente independientes, pero que, solamente en su conjunto pueden explicar el fenómeno en su totalidad. Podemos observar entonces que, como parte del quehacer teórico, el sujeto cognocente (investigador), deberá identificar aquellos elementos que, efectivamente intervienen en "el acontecer" del fenómeno; clasificarlos en función de su incidencia y establecer la interrelación entre ellos que produce el fenómeno observado.

Este esquema operativo para la formulación de explicaciones, ampliamente fomentado por las diversas escuelas empiricistas que históricamente conocemos, ha permitido el logro de notables avances en el área de las llamadas ciencias naturales. Ello es así, debido fundamentalmente a la regularidad que las leyes de la naturaleza imponen a sus fenómenos, lo cual quiere decir que, bajo condiciones estables, el objeto de estudio mantiene un patrón de conducta razonablemente predecible.

Sin embargo, qué ocurre cuando intentamos explicar un objeto de estudio cuya regularidad es más difícil de observar; cuando tratamos con fenómenos donde el propio sujeto cognocente es parte integrante del objeto de estudio. Fenómenos, en el caso específico de nuestra materia, como la influencia de un país sobre otro, o la decisión de un gobierno de negociar o romper hostilidades con otro, o el modo particular de interrelación entre una comunidad de países, etc.

Al igual que en el caso de nuestro primer ejemplo, habremos de empezar por identificar toda una gama de elementos

que inciden en el fenómeno observado y analizar la interrelación existente entre ellos. Sabemos también que, por principio, no todos los elementos a considerar resultarán evidentes en primera instancia para el observador. Sin embargo, la dificultad más grande llegará a la hora de intentar la verificación empírica de nuestra explicación.

Desafortunadamente para el investigador de fenómenos como los citados, circunscritos dentro del ámbito de la fenomenología social, el punto de convergencia con el tipo de esquema explicativo empleado para el caso inicial, (el ejemplo de los vasos) pierde efectividad al llegar al paso de la constatación empírica.

He aquí, pues, el primero de los problemas a los que debe enfrentarse el teórico de los fenómenos sociales. En función de ello, su análisis tendrá que orientarse en primer término hacia una indagación sobre la naturaleza específica de este tipo de fenómenos.

¿Cuáles son, pues, las características propias de los fenómenos sociales? ¿a qué se debe esa pérdida de efectividad respecto a los fenómenos naturales en el paso de la constatación empírica? ¿quiere ésto decir que su causalidad es diferente a la que rige a los llamados fenómenos "naturales"? ¿cuál sería entonces el contexto en que se desarrollan los primeros? ¿ocurren éstos en el contexto de una realidad "estructurada" o se desarrollan bajo un esquema de "posibilidades abiertas"? ¿qué relación existe en el caso de la fenomenología social entre un antecedente y su consecuente? ¿cuál es, en su caso, la validez de una "ley social", si es que resulta posible formularla?

La respuesta depende, sin duda, como dijera M. Merle "del punto de vista donde está situado el observador".

En el Capítulo II exploraremos el intento de respuesta que el materialismo histórico ha encontrado a estas interrogantes, mientras continuamos con la exposición (sin pretender hacerla exhaustiva) de los problemas que el teórico debe enfrentar en la consecución de su esfuerzo.

3. La Definición del Objeto de Estudio.

Si, como punto de partida, hemos señalado el problema que representa para el teórico, la naturaleza específica de los fenómenos sociales, la siguiente observación obligada es que los fenómenos sociales constituyen un universo demasiado amplio. Esto, de entrada, explica el surgimiento de toda una gama de disciplinas científicas que buscan explicar acontecimientos específicos dentro del vasto universo de la fenomenología social; aparentemente, la forma lógica y sencilla de resolver el problema. Lamentablemente, esa sencillez sólo queda al nivel de la apariencia.

Históricamente, las diversas disciplinas sociales, hijas del positivismo, difícilmente han logrado delimitar sus campos de acción propios de manera nítida y exclusiva.

En el terreno de las relaciones internacionales, por ejemplo, se ha tornado en práctica común iniciar los cursos de teoría con prolongadas y frecuentemente reiterativas especulaciones referentes a la naturaleza ontológica de una fenomenología específica que pueda justificar la naturaleza misma de la disciplina.

Desde este punto de vista, es realmente poco lo que distingue académicamente a las relaciones internacionales del resto de las llamadas "ciencias sociales", que regularmente también inician sus esfuerzos buscando una razón de ser a través de la localización de un universo propio; e

invariablemente se enfrentan con el obstáculo de no poder sapear de la realidad, a manera de una rebanada de pastel; un objeto de estudio exclusivo, nítidamente deslindado y fácilmente observable. Más aún, a pesar de sus aparentes "esfuerzos multidisciplinarios", las llamadas 'ciencias sociales' cada una con su abierta o velada pretensión de centralizar el análisis de la "esencia verdadera" de la dinámica socio-humana, sólo han logrado una fragmentación del universo social que en última instancia dificulta más su comprensión.

Este punto de partida, tiene su origen en una visión mecanicista del mundo, según la cual los objetos de estudio permanecen estáticos (puesto que funcionan a manera de una máquina), y pueden ser observados "objetivamente" por cualquier analista "imparcial".

Desde luego que esta manera de proceder no carece de lógica, toda vez que resulta fácilmente demostrable el imperativo de un objeto de estudio claramente identificable para el desarrollo de cualquier disciplina científica. El adagio popular que reza "para hacer caldo de liebre, lo primero que se necesita es la liebre", ilustra el caso con toda precisión.

Sin embargo, un desarrollo de esta naturaleza ha contribuido, más que a cualquier otra cosa, a distorsionar y, en muchos casos, a borrar del panorama la perspectiva de conjunto que ofrece la praxis del hombre en sociedad. Incluso en esos repetidos intentos de análisis "multidisciplinario" que han cobrado cada vez mayor auge a partir de finales de la década de los sesentas, se percibe escasa disposición de los especialistas a "ceder terreno" en cuanto a su materia de trabajo.

"Nuestros científicos", se queja Jeremy Rifkin, "Se han comportado como miles de pequeñas criaturas ciegas, que blanden furiosamente sus bastones en diferentes partes del elefante, cada uno con una noción distinta de lo que debe ser el animal. Mientras más cuidadosamente examinan el espacio que les ha tocado, más se convencen de lo que están haciendo: y más se equivocan". J. Rifkin & Ted Howard, op. cit. p. 228.

El surgimiento de las relaciones internacionales como disciplina científica, en el panorama de las 'ciencias sociales' afectado por esta manera de proceder, se ha visto sensiblemente obstaculizado por la búsqueda de una identidad propia; mediante la localización de su propio campo de estudio, su metodología y su teoría.

No obstante, resulta fundamental destacar que el planteamiento mismo del problema de esa localización, representa de suyo un obstáculo que el estudioso tendrá que afrontar desde la perspectiva de la visión del mundo que sustenta su proyecto, pues es justamente en este contexto que se haya inscrito.

Si bien es cierto que la mayoría de los teóricos de las más diversas corrientes de pensamiento están básicamente de acuerdo al señalar que el objeto de estudio propio de nuestra disciplina lo constituye la llamada "sociedad internacional" (su formación, estructura, funcionamiento, especificidad histórica y, en cierta medida, su porvenir), también lo es que el contenido del concepto varía de una escuela a otra, brindando así, no sólo matices de diferencia entre ellas, sino, de hecho, explicaciones diferentes sobre los fenómenos observados.

Desde este punto de vista, continuando con su labor, el teórico deberá, después de una cuidadosa observación de los hechos, proceder a la formulación de conceptos claros que le permitan la exposición de una narrativa ordenada capaz de expresar lo que ocurre en la realidad, lo cual nos conduce a la consideración del siguiente problema.

4. El Lenguaje.

¿Por qué, resulta imperativo que el analista considere al lenguaje entre la relación de obstáculos que debe confrontar durante el proceso explicativo en el que se involucra?

Podemos empezar por observar que, más que un mero "instrumento" de comunicación, las palabras representan la "herramienta" más notable que el hombre creó para revolucionar su relación con el tiempo. Aún antes de contar con los medios más rudimentarios de transporte para acortar distancias, los hombres ya contaban con el lenguaje para "mover" las cosas en el tiempo, gracias a lo cual no solo puede recobrar su pasado, sino representarse el futuro- es decir, ubicarse temporalmente y en este sentido, convertirse en un ser histórico.

Por otra parte, tenemos la facilidad que el lenguaje nos confiere para formular conceptos, generar ideas, manejar información y resolver problemas. Es precisamente a través del lenguaje que formulamos modelos del mundo físico así como modelos abstractos de universos imaginarios.

Naturalmente que para cada área de especialización el análisis del lenguaje se enfoca desde una óptica diferente, así por ejemplo el psicólogo normalmente se interesa más por los mecanismos internos que hacen posible el uso del lenguaje, mientras que un filósofo tiende a centrarse en el estudio de

estructura compleja basada en reglas de la lógica y la organización, que hacen posible la comunicación.

Los lingüistas lo definen como "una colección de reglas mediante las cuales se especifica la forma como un conjunto determinado de símbolos se combinan entre sí para transmitir un significado".* Sin embargo, para subrayar con mejor claridad la importancia que reviste el análisis del lenguaje para un teórico de la ciencia social, nada mejor que esta cita de la Enciclopedia Británica en su ensayo sobre epistemología:

"Algunos escritores han hablado acerca de la necesidad de crear un lenguaje filosófico especial, técnicamente exacto; otros han señalado que el objetivo fundamental de la filosofía consiste en dejar perfectamente claro el significado de lo que se dice en cualquier momento". Enciclopedia Británica. "Ensayo sobre Epistemología" Vol.6 Macropedia 15ª. Edición, 1980, p. 929.

Al hablar sobre "la visión del mundo" observaremos la importancia que tiene el identificar con la mayor precisión la "tendencia" predominante en nuestras explicaciones, basta ahora con señalar que el lenguaje es el instrumento para hacerlo.

Si, efectivamente es válido señalar que el lenguaje nos permite codificar nuestra experiencia para poder compartirla; resulta fundamental identificar la "carga ideológica" en los mensajes que transmitimos a través de los conceptos que empleamos. Desde este punto de vista, parte de la labor del teórico estriba precisamente en la formulación de conceptos claramente delimitados como parte del proceso de construcción del marco de referencia contra el cual contrasta la realidad que observa.

* Cfr. David Crystal "Linguistics" Pelican Books, London 1979.

5. La visión del mundo.

Dicha "visión" es algo de lo que difícilmente podrá sustraerse cualquier individuo. Si, efectivamente, podemos definirla como el cúmulo de principios generales (creencias o paradigmas, según se haya compenetrado en ellas el sujeto) en función de los cuales se interpretan los elementos considerados como causales de la movilidad fenomenológica, resulta claro que de una u otra manera, nuestra "visión del mundo" ejercerá una influencia inevitable, no sólo en el análisis del problema, sino a partir de la misma forma del planteamiento del análisis. Como acertadamente señala F. Flores Pinel en su trabajo de tesis para licenciatura:

"uno de los problemas epistemológicos más graves de los estudiosos sobre relaciones internacionales, no es tanto la dificultad de lo que se va a estudiar; sino la dificultad de cómo nos lo representamos para estudiarlo". Fernando Flores Pinel.
 "Reflexiones sobre la cientificidad de los conceptos básicos en los enfoques clásicos de las relaciones internacionales. Tesis de Licenciatura. México, 1976 UNAM FCPS.

En cierto sentido, el reclamo objetivista de las corrientes pretendidamente científicas de las ciencias sociales en general se basa en ataques contra cualquier forma de evaluación subjetiva, misma que provendría precisamente de la visión del mundo en que se finca el observador.

Moshe F. Rubinstein* refiere la anécdota sobre el maestro de matemáticas a quien sus alumnos pidieron definir el siguiente miembro del conjunto en la secuencia 32, 38, 44, 48, 56, 60. Le indicaron que las propiedades del conjunto le eran perfectamente conocidas y que la respuesta era muy simple.

* Cfr. Moshe F. Rubinstein "Patterns for Problems Solving", Prentice-Hall, 1975 en especial Capítulo I.

Después de un gran esfuerzo, el profesor desarrolló un complejo polinomio y finalmente se dió por vencido al no poder encontrar una respuesta más sencilla. La respuesta era "Meadowlark"; la siguiente parada del metro después de la Calle 60. El maestro viajaba todos los días en el metro, y bajaba en la estación Meadowlark.

Puede decirse, que la visión del mundo del maestro estaba fuertemente influida por las matemáticas, y a ellas recurría siempre en busca de respuesta. De hecho, cada uno de nosotros tiene su propia visión del mundo, y con ella relacionamos siempre tanto nuestra forma de plantearnos los problemas, como nuestros intentos por resolverlos. Es fundamental tratar de liberarnos de la tendencia de usar como referencia una visión fija del mundo, porque de lo contrario, nosotros mismos estaremos fijando de antemano las limitaciones a las posibilidades de encontrar respuesta a nuestras interrogantes.

Por más atractiva y completa que inicialmente nos pueda parecer alguna propuesta, resulta fundamental mantener un espíritu crítico ante la visión del mundo en que ésta se finca.

Si bien es cierto que la identificación de nuestra visión del mundo constituye un paso fundamental en el proceso de la formulación teórico-conceptual para el análisis de la realidad, también debe señalarse que la ausencia de tal identificación puede convertir a esa misma visión (que de cualquier forma está presente) en nuestro más severo obstáculo en el intento por comprender lo que analizamos.

Naturalmente no es este el sitio para el análisis del surgimiento de una "visión del mundo" en la mente del

individuo.* Pero, si, como hemos observado, el teórico de las relaciones internacionales, es el encargado de la formulación de un marco teórico-conceptual a partir del cual se realizará el análisis de la fenomenología observada en el seno de la comunidad internacional, resulta entonces impostergable iniciar su búsqueda con la revisión de su propia visión cosmogónica.

Cuando algún sujeto se encuentra, por ejemplo, "casado" con la idea de que la única variable (o cuando menos, la más importante) que fluye por el punto de partida de la movilidad histórico-social, es la del Poder, resultará inevitable que los resultados de sus análisis muestren esa influencia. De hecho lo mismo ocurrirá con cualquier otra variable o variables utilizadas. No se trata pues de criticar el empleo de una u otra, sino de llamar la atención sobre la importancia que tiene cobrar consciencia respecto de las variables particulares que se utilizan; sencillamente saber que están ahí.

Es verdaderamente sorprendente constatar la enorme influencia que aquello que consideramos como "cierto" ejerce sobre nuestra búsqueda de conocimiento y, por extensión, en nuestros resultados:

"la mayoría de los norteamericanos cree que el mundo va progresando hacia un estadio más valioso como resultado de una acumulación constante del conocimiento y la tecnología. También creen que el individuo existe como una entidad autónoma; que existe un orden en la naturaleza que la observación científica es objetiva; que la gente siempre ha deseado la propiedad privada; que la competencia entre los individuos

* Basta señalar que cuando el resultado de un proceso subconsciente es una "creencia", estamos en presencia de una ideología según el análisis del término que propone Luis Villoro en su artículo "Sobre el Concepto de Ideología".

Sólo cuando el proceso se realiza en forma consciente y sus resultados son contrastables con la praxis, estamos ante una visión paradigmática.

siempre ha existido, etc. etc. De hecho, todas estas creencias se consideran parte de la naturaleza humana, y por lo tanto inmutables. Naturalmente no lo son, y para otras sociedades y civilizaciones en diferentes períodos de la historia esas nociones atribuidas a la naturaleza humana sencillamente resultarían incomprensibles". J. Rifkin & Ted Howard, op.cit. p. 5.

No resulta difícil detectar en esta visión del mundo la fuente que nutre al cientificismo que caracteriza al llamado pensamiento occidental contemporáneo. Pero más aún; ¿no es justamente este tipo de convicciones la base que sustenta discursos de esta naturaleza?:

"Algunos de los forjadores de opinión en nuestro país han dejado de creer que los Estados Unidos somos una fuerza para el bien en el mundo. Se avergüenzan de que seamos un país rico en un mundo con tanta pobreza. Raras veces explican, si es que llegan a hacerlo, que la riqueza de los Estados Unidos no se derivó de la explotación de la buena suerte, sino del trabajo esforzado del pueblo norteamericano; del asumir riesgos por parte de los inversionistas norteamericanos; del sentido creativo de nuestros inventores y empresarios y de un sistema de incentivos libre". Discurso del Presidente de los Estados Unidos, R. Reagan ante la Legión Americana "Los norteamericanos afrontan el futuro con renovada confianza" Washington 24 de febrero de 1983. Texto editado por el Servicio de Información de la Embajada Norteamericana en México, p. 4.

Para el materialismo histórico, tanto el problema de la ubicación de las relaciones internacionales, como el de la visión del mundo que las sustenta, está contemplado en el alcance de los conceptos de "Totalidad" y "Praxis" de los que nos ocuparemos en el capítulo siguiente.

6. El Sujeto y el Objeto.

A estas alturas nos hemos referido ya en más de una ocasión a las categorías de "sujeto" y "objeto". En realidad, considerando la naturaleza del trabajo no podía ser de otra manera.

¿Qué significan estas categorías y por qué resulta indispensable su manejo en este trabajo?

Puede considerarse que la historia del pensamiento filosófico, desde la más remota antigüedad, y de alguna manera hasta la fecha, se caracteriza por la controversia en torno a la relación entre estas categorías, tanto por lo que se refiere a la configuración de la realidad, como a la del propio pensamiento. Esta controversia, como es fácil observar, surge de una aceptación inicial de ambas categorías como entidades separadas e independientes; de donde se ha desprendido una continua lucha por subordinar la una a la otra.

"La cuestión más fundamental en toda la historia de la filosofía, es el problema de si el mundo material que nos rodea, y del cual formamos parte, es lo que constituye la realidad definitiva (esto es, aquello de lo cual depende la existencia de todas las cosas) o bien, si el algo que participa de la naturaleza del espíritu, o un sistema puramente lógico de ideas o principios eternos que existen por sí mismo". Howard Seslam "Qué es la Filosofía", Colección 70, Nº. 14, Ed. Grijalvo, S.A., México 1968, p. 13.

El propio Engels visualizó el problema de la relación entre la conciencia y el mundo material como el problema central de toda la actividad filosófica.*

Estas categorías surgen con el despertar de la conciencia del hombre a la diferenciación de la existencia del mundo en que vive, con respecto a la existencia de su propia vida física (sensaciones, percepciones, concepciones,

* Cfr. F. Engels "Ludwing Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana" Esp. Capítulo II.

razonamientos, sentimientos, deseos, etc., frente a las fuentes que los originan). Desde este punto de vista, todo aquello que ha sido aceptado como característico del mundo en que vivimos, se denomina "objetivo", mientras que lo que aceptamos como propiedad de nuestra mente, lo llamamos "subjetivo".

Ahora bien, afirmar que lo objetivo y lo subjetivo son categorías diferenciables, no es más que una tautología; si bien algunas corrientes de pensamiento la han convertido en un mito que de alguna manera ha obstaculizado el desarrollo del pensamiento científico.

Hasta la época de Hegel, el mundo había sido concebido básicamente como una entidad lineal (según la lógica aristotélica de causa a efecto), en el que las cosas estaban separadas unas de otras. Se hacía una separación total entre el mundo del ser y el del no ser (la nada), a consecuencia de lo cual, en el campo del conocimiento se separaba al objeto por conocer, del sujeto cognocente. A partir de la dialéctica hegeliana, se han incorporado al desarrollo del pensamiento filosófico tres postulados fundamentales:

- a) no existe ninguna relación, ni en la mente del hombre, ni en la realidad que sea resultado de una causalidad lineal.
- b) todo está en permanente movimiento, y todo se encuentra además, vinculado con el resto de la realidad.
- c) a pesar de su diferenciación, no hay separación entre sujeto y objeto, pues ambos son aspectos de una misma realidad en la que interactúan influyéndose y determinándose recíprocamente.

Herederio de esta tradición de pensamiento, el materialismo histórico y dialéctico, la ha enriquecido e incorporado al análisis concreto de la realidad.

6.1 Adam Schaff sugiere en "Historia y Verdad", el siguiente esquema para la definición del "sujeto cognocente":

"cuando hablamos de la relación cognocitiva, como relación entre el sujeto cognocente y el objeto de conocimiento, es evidente que nuestras intenciones dependen en gran medida del sentido que atribuyamos a la expresión "sujeto cognocente" (...) Sólo el individuo concreto, captado tanto en su condicionamiento biológico como en su condicionamiento social es el sujeto concreto de la relación cognocitiva (...) la manera de percibir al mundo, de distinguir en él elementos determinados, la dinámica de las percepciones, etc., está relacionada con el lenguaje y con el aparato conceptual que recibimos de la sociedad por medio de la educación (...) Nuestros juicios están socialmente condicionados por los sistemas de valores que aceptamos, y que poseen todos ellos un carácter de clase". Adam Schaff op, cit. p. 83.

Parafraseando el propio Schaff hay que añadir que al hablar de la relación cognocitiva, resulta igualmente importante el significado que atribuímos a la expresión "objeto de conocimiento"; particularmente, porque, como ya ha sido anotado, encontramos que el inicio de toda labor de investigación consiste precisamente en la delimitación de su "objeto" de estudio.

La pregunta sobre la naturaleza óptica del objeto de conocimiento podría parecer innecesaria si consideramos al objeto a partir de una visión de valores sobreentendidos. Sin embargo, la experiencia demuestra que no hay nada justamente tan obvio como lo que ignoramos. San Agustín de Hipona tipifica esta afirmación con toda claridad mediante su célebre intento por definir al tiempo:

"¿Qué es pues el tiempo? ¿quién podrá explicarlo fácil y brevemente? ¿quién podrá formarse de él una idea y traducirla luego en definición? y con todo eso, ¿de qué hacemos más obvia y frecuente mención en nuestras conversaciones que del tiempo? y entendemos, claro está, lo que decimos, y lo entendemos también cuando oímos que un interlocutor menciona el tiempo. ¿Qué es pues el tiempo? si nadie me lo pide, lo sé, si quiero explicarlo a quien me lo pide, no lo sé". San Agustín de Hipona, "Confesiones" Ed. Sopena-Barcelona, 1972 p. 370.

6.2 Existen corrientes filosóficas que, desde tiempos ancestrales se empeñan en ver al mundo objetivo como un cúmulo de "cosas" o entidades acabadas. Sin embargo, ya en la antigüedad el filósofo griego Heráclito introdujo la noción del cambio para la comprensión de la realidad:

"Hasta su época (de Heráclito), los filósofos griegos, influidos por ideas orientales, habían concebido al mundo como enorme estructura cuyos elementos de construcción eran las cosas materiales (...) Por lo que respecta a los procesos que llegaban a considerarse, eran concebidos bien fuese como algo que ocurría en el seno de la estructura, o bien como algo que contribuía en su construcción o a su conservación, perturbando o restaurando la estabilidad o balance de una estructura concebida fundamentalmente como algo estático (...) La visión que (Heráclito) introdujo era que no existía tal construcción, ninguna estructura estable, ningún cosmos (...) concibió al mundo como una estructura, sino más bien como un enorme proceso; no como la totalidad de las cosas, sino como la totalidad de los eventos, cambios o procesos. 'Todo está en constante devenir, nada estático' es el lema de su filosofía. Karl Popper "The Open Society and its Enemies" Vol. I: Plato Routledge, London 1980, pp. 11-12.

La expresión más actualizada de esta concepción se encuentra en el "Tractatus Lógico - Philosophicus" de Ludwig Von Wittgenstein quien asegura que:

"El mundo es todo lo que acaece. El mundo es la totalidad de los procesos, no de las cosas". Ludwig Von Wittgenstein "Tractatus Logico Philosophicus" Alianza Universidad Nº. 50, Madrid, 1973, p. 35.

A partir de esta afirmación se desprende una concepción que considero aplicable a la definición del objeto de estudio. No se trata de una entidad pasiva o estática que puede ser observada 'objetivamente' en todos sus ángulos. Todo objeto de estudio para la ciencia constituye un proceso en la realidad.

"La comunidad científica se quedó asombrada, por decir lo menos, cuando el físico alemán Heisenberg descubrió que la observación objetiva de las partículas atómicas resultaba una imposibilidad, ya que por su propia naturaleza, el sólo hecho de la observación interfiere y altera en lugar de preservar el objeto". J. Rifkin & T. Howard, op, cit, p. 221.

Jean Piaget sintetiza este punto de vista magistralmente en los siguientes términos:

"Las distintas epistemologías tradicionales comparten el postulado de que el conocimiento es un hecho y no un proceso (...) la influencia convergente de una serie de factores ha hecho que en la actualidad el conocimiento vaya siendo considerado progresivamente más como un proceso que como un estado (...) Todo ser (u objeto) que la ciencia intente fijar, debe disolverse de nuevo en la corriente del devenir, y de él sólo podemos decir que 'es un hecho'. Así pues, lo que se puede y se debe investigar es la ley de este proceso". Jean Piaget op. cit. pp. 7-9.

6.3 Planteada en estos términos, la relación entre el objeto de conocimiento (como un cúmulo de procesos) y el sujeto cognocente (como agente dinámico y parte a la vez del cúmulo de procesos), el problema de la 'objetividad' en el estudio científico de lo social adquiere otra dimensión.

Tradicionalmente este problema había quedado englobado en el seno mismo del conflicto en torno a la irreductibilidad de las categorías 'sujeto' y 'objeto'.

"Del mismo modo como el estudio racional de la realidad social había nacido en estrecha relación con el desarrollo moderno de las ciencias de la naturaleza, también seguía semejante a ellas por el modo de su enfoque (...) Desde un principio, en las disciplinas de las ciencias de la naturaleza, la perspectiva

práctica de valor de la utilidad técnica se hallaba estrechamente ligada a la esperanza (...) de que por la vía generalizadora de la abstracción y del análisis de lo empírico sería posible llegar a un conocimiento puramente objetivo. Esto significa aquí conocimiento desligado de todos los valores, y al mismo tiempo absolutamente racional". Max Weber, "Sobre la Teoría de las Ciencias Sociales", Ediciones Península, Barcelona 1977, p. 54

En consecuencia, se había estimado que la objetividad tendría que ser sinónimo de una imparcialidad total ante el fenómeno estudiado. De hecho, una imparcialidad que exigía al científico, sobre todo social, el abandono de sus convicciones, prejuicios, creencias, etc. No obstante, ya Max Weber nos prevenía en este sentido al afirmar que:

"Sin las ideas de valor del investigador no existiría ningún principio de selección temática, ni un conocimiento sensato de la realidad individual". Ibidem p. 50.

Resulta claro que, desde el punto de vista adoptado para este trabajo, la 'objetividad' en el estudio científico no implica otra cosa que la conciencia de formar parte del proceso estudiado. Así lo reconoce el materialismo dialéctico al postular que:

"la noción primordial de objetividad, se encuentra en el reconocimiento de la existencia del universo de modo independiente al conocimiento, e incluyendo al hombre como parte integrante del propio universo, ya que hasta la misma objetividad del conocimiento tiene su fundamento en la objetividad de la existencia". Eli de Gortari, "Introducción a la Lógica Dialéctica" Ed. Fondo de Cultura Económica, México 1974, p. 45.

7. El tiempo

Para continuar con la relación de obstáculos a los que normalmente debe enfrentarse quien pretende formular un marco teórico-conceptual para el análisis de la realidad, podemos mencionar ahora el caso del tiempo.

Se trata, en efecto, de un problema sumamente complejo al que existen dedicadas muchas páginas, tanto de la más remota filosofía como de la ciencia más moderna.

Más que cualquiera de las otras grandes abstracciones que han hecho posible el desarrollo de la ciencia (espacio, materia y fuerza que las relacionan), el tiempo es la que posiblemente con mayor facilidad percibe el hombre y sin embargo, es también probablemente la más difícil de conceptualizar.

Desde luego que no es este el momento para ingresar al pantanoso terreno de la precisión semántica que en torno a este concepto requeriría, por ejemplo un físico; ¿se trata de una mera abstracción para medir el movimiento de la materia en el espacio o es de hecho una 'dimensión' en la que ocurren los fenómenos?

Consideremos brevemente el problema del tiempo a la luz de la especulación que lo refiere como una de las características esenciales para distinguir, al Ser del no-Ser. En función de este atributo, aquello que verdaderamente posee la cualidad de Ser no puede estar sujeto a la temporalidad porque ello implica la movilidad, el cambio y la muerte. Aquello que realmente es no reconoce distinción entre el pasado y el futuro debido a su condición perene.

Si percibimos al tiempo como una forma de corrupción de la entidad, como sugieren las doctrinas neo-platonistas, deberíamos concluir junto con ellas, que todas aquellas formas de existencia de las cuales podemos percibir un principio y un fin, (es decir una existencia en el tiempo), carecen del atributo real del Ser, porque constantemente se están moviendo de un pasado, que de hecho ha dejado de existir, hacia un futuro que todavía no existe, y por lo tanto quedan obligados a pensar en sí mismos en términos de memoria y/o anticipación.

De esta manera su conocimiento de sí no puede ser directo porque está mediatizado por lo que ha sido y lo que será.

La importancia de estas consideraciones radica en el corolario al que nos orillan: que las formas de existencia que percibimos (incluyendo la propia) carecen del atributo del Ser, y en ese sentido son "ilusiones" cuyo origen se encuentra en la causa real de todo cuanto nos rodea, el espíritu al cual el conocimiento humano no tiene acceso y por lo cual toda indagación en este terreno carece de sentido. Para el materialismo histórico y dialéctico, la temporalidad es el atributo que hace del sujeto un ser histórico y de ahí su importancia; volveremos con el tema más adelante.

Siendo como son, una disciplina de carácter socio-histórico (afirmación que intentaremos explorar con mayor detalle en el siguiente capítulo), el problema al que se enfrentan los internacionalistas en su análisis del tiempo reviste dos aspectos fundamentales:

1. El tiempo como un límite o una frontera al interior de la cual ocurren los fenómenos. Es decir, una época, caracterizada por sus modos específicos de vida (forma de organización social, sistemas políticos, modos de producción, ideología, etc.), y
2. El tiempo como un flujo, en función del cual se mide la duración y la concatenación de los fenómenos y se observa el cumplimiento de su ciclo vital.

Según señala el refrán popular, "los hijos se parecen más a su época que a sus padres". Si, efectivamente el adagio encierra algo de verdad, puede servir como punto de partida para destacar la importancia que tiene para un investigador caracterizar la época que analiza con la mayor precisión

posible para así poder comprenderla y establecer causales explicativas en torno a los fenómenos que en ellas se observan. Naturalmente que del otro lado de la moneda, tenemos las limitaciones que nuestra propia época nos impone cuando volteamos hacia el pasado y, prácticamente sin conciencia de ello, intentamos explicarlo usando como parámetro las condiciones prevaletentes en nuestro tiempo. ¿Podemos por ejemplo, clasificar como 'relaciones internacionales' el cúmulo de interacciones entre los diversos pueblos de la antigüedad que establecieron nexos entre sí? ¿cuáles serían en este caso los elementos explicativos del tipo de relaciones entre ellos que registra la historia? ¿o debemos acaso limitar nuestro análisis al tipo de interacciones que los países han entablado entre sí a partir del siglo XVI o del siglo XIX?. La ubicación temporal resulta entonces de primerísima importancia.

Pero el tiempo es también un flujo; un continuo que nos permite medir la duración de los fenómenos. ¿Cuánto tiempo tarda el ciclo vital de una sociedad, un grupo, o una nación; el ciclo de un imperio, o el de su influencia cultural? y sobre todo, ¿qué relación guardan, tanto en su apariencia como en su causalidad, los fenómenos que en esta área observamos hoy en día con respecto al pasado?

En suma, si nos planteamos los fenómenos sociales, y en este sentido, los internacionales, esencialmente como fenómenos históricos, caeremos en cuenta que no es posible analizarlos sin ubicarlos primero en su temporalidad.

8. La magnitud del problema

Creo que no hay mejor manera de empezar a atacar un problema que ubicándolo en su justa dimensión. "Cuando se conoce el problema, se tiene 50% resuelto" señala la sabiduría popular. Antes de cerrar un capítulo y sin la pretensión de

haber agotado el tema de los diversos problemas que debe enfrentar el estudioso de los aspectos teóricos de las relaciones internacionales, quisiera referirme al obstáculo que representa identificar la magnitud del problema al cual nos enfrentamos cuando pretendemos dilucidar sobre la realidad internacional desde el punto de vista de la teoría.

Decíamos al principio de este trabajo, que la labor del teórico en nuestra área está orientada fundamentalmente hacia la formulación de un marco conceptual, que no sólo sirve como base para la interpretación de la fenomenología observada, sino como guía para la acción en la práctica y en este sentido a la generación de nuevos fenómenos. Es decir, al análisis de las causas que dan origen a la dinámica socio-histórica internacional y a la definición de los conceptos por medio de los cuales se transmite esta experiencia. Este es, en esencia, el problema al que debemos enfrentarnos.

Pero también señalamos, que el esfuerzo teórico como tal, carece de significado fuera del contexto de su contrastación con aquellos fenómenos que pretende explicar; es decir, de su relación con el estudio "práctico" de la realidad.

Después de revisar la serie de obstáculos que se han mencionado en este capítulo, todos ellos vinculados por su origen con la filosofía, podría generarse la impresión de que todo esfuerzo teórico estuviese condenado a un ciclo interminable de "especulación" en torno a una serie de temas un tanto "etéreos" para los cuales puede haber prácticamente tantas respuestas como analistas que se avocan a su estudio. En realidad no es así. No solo podemos decir que las diversas escuelas del pensamiento filosófico ofrecen fundamentos para resolver estas cuestiones (y en este sentido permiten el progreso de la ciencia), sino que de hecho es obligación de los analistas teóricos llegar a unas u otras posiciones en

filosofía, a partir de las cuales deberán hacer frente a los problemas específicos de sus respectivas áreas de interés.

Esto no significa, en forma alguna que cada modo de explicación, cada postura, tenga su "parte" de verdad en un reparto equitativo, y conciliador. De hecho, cada postura debe confrontar el fenómeno o cúmulo de fenómenos que intenta explicar en la práctica, y es ante este contraste que las corrientes de pensamiento se consolidan, se reforman...; o se desechan.

Resulta claro que esta primera relación de obstáculos reseñada a lo largo del capítulo, no puede constituir más que un punto de partida (si bien es cierto que indispensable) para ingresar al vasto universo que genera el quehacer del hombre en sociedad. De la misma forma, debe quedar claro que el análisis de estos obstáculos tampoco está destinado a culminar ni en una definición absoluta, ni una interpretación definitiva sobre algún "estado de cosas" particular. En realidad, no puede ir mucho más allá de permitirnos en nuestra calidad de analistas, identificar la posición desde la cual juzgamos la relación entre los hechos observados, lo cual a su vez se constituye en un punto de partida que determina un curso de acción.

Ahora bien, precisamente como resultado de esa praxis social que constituye nuestro universo de estudio, surge todo un cúmulo de fenómenos que el afán cognoscitivo del hombre trata de explicar.

Sí, efectivamente, podemos considerar que en el origen de toda explicación debe existir alguna forma de clasificación (entendiendo por ello una selección de aquello que constituye nuestro objeto de estudio y su discriminación respecto a su entorno), podemos pensar que el primero de los problemas específicos ya en nuestra área, será precisamente la

identificación de la fenomenología propia que le da razón de ser. No con el afán positivista de parcelar la realidad, sino de comprender su carácter multidimensional. Podríamos denominar a esta fase como la del reconocimiento del 'hecho' internacional. ¿Cuándo es que estamos en presencia de un "hecho internacional" y cómo lo distinguimos del entorno de esa praxis humana global que lo genera?

Por otro lado, los "hechos" deben ocurrir en algún lugar; tenemos que ubicarlos en alguna parte, y si los dos criterios básicos de localización (tiempo y espacio) son válidos, entonces la segunda tarea del teórico de las relaciones internacionales tendrá que ser la de referir el "hecho" observado a un tiempo; es decir, ubicarlo históricamente; y a un espacio: ubicándolo geográficamente. En este plano, podemos hablar de la identificación de un cierto "ámbito" o "comunidad internacional" geográfica para después localizarla en su época; pues si bien es cierto que las diferentes comunidades internacionales históricamente identificables, poseen elementos comunes entre sí, que podemos llamar 'características generales', y que permiten su identificación tampoco debemos perder de vista que éstas no son más que abstracciones que no ofrecen el panorama total para comprender cabalmente las fases históricas reales de cada comunidad identificada.

Posteriormente, en la siguiente fase del proceso, habrá que identificar a la entidad generadora del hecho internacional para de ahí pasar finalmente al análisis de las formas de interrelación entre dichas entidades.

En el curso del siguiente capítulo analizaremos algunas de las "herramientas conceptuales" que el materialismo histórico ofrece a nuestra disposición para hacer frente a esta problemática específica de las relaciones internacionales.

Marx se esforzó por identificar aquellos aspectos del proceso histórico, que confieren un significado común a las cuestiones epistemológicas y económicas, así como a los ideales sociales; en otras palabras, buscó crear los instrumentos de pensamiento o las categorías del conocimiento que fuesen lo suficientemente generales, como para hacer inteligibles todos los fenómenos humanos.

LESZEK KOLAKOWSKI

Capítulo II.

1. Postulados básicos.

Este trabajo no tiene por objeto hacer una apología del materialismo histórico y dialéctico en el plano de la historia de las ideas. Mucho menos brindar una explicación o una reinterpretación de algún autor determinado.

Sin embargo, si, como originalmente apuntamos, se pretende hacer un análisis de las perspectivas que esta corriente de pensamiento nos ofrece para dar respuesta a la problemática que suscita el estudio teórico de las relaciones internacionales, entonces resulta inevitable el tener que empezar por presentar algunos de sus postulados básicos. No con el afán de hacer una exposición demasiado extensa ni una interpretación original del pensamiento materialista histórico y dialéctico. Para el lector interesado, existen infinidad de obras tendientes a una divulgación de esta corriente. Para la elaboración de la siguiente presentación, he tomado notas de

diversos textos clásicos del marxismo y consultado tres obras básicas que aparecen citadas a lo largo del capítulo: Pierre Fougeyrollas, "Ciencias Sociales y Marxismo", Kari Popper, "The Open Society and its Enemies" y Leszek Kolakowski "Main Currents of Marxism".

Si bien es cierto que, para una historia de las ideas, algunos de los elementos constitutivos del materialismo histórico y dialéctico pueden rastrearse hasta la más remota antigüedad del pensamiento filosófico, podemos observar que la síntesis peculiar en la que se conjugan todos estos elementos en el pensamiento de Marx, marca el hito histórico de referencia a partir del cual puede decirse que de hecho, "nace" esta corriente de pensamiento.

Desde este punto de vista, como apunta K. Popper: "él (Marx) abrió nuestros ojos y agudizó nuestras miradas de diversas maneras. Una regresión a la ciencia social premarxista resulta inconcebible. Todos los autores modernos están endeudados con Marx, incluso si no lo conocen. Esto es especialmente cierto de aquellos que están en desacuerdo con sus doctrinas, como yo mismo. (K. Popper, op. cit. Vol. II, Marx and Hegel p. 82).

Uno de los logros de mayor relevancia que directamente se le reconoce a la obra de Marx es el haber sentado las bases para el desarrollo de una ciencia social independiente, finalmente dissociada de aquellas añejas formas de psicologismo, todavía muy en boga en la época de Marx y ocasionalmente retomada del panteón de las ideas aún hoy en día, según las cuales, se pretendía explicar los fenómenos observables en la sociedad en función del etéreo concepto de la "naturaleza humana".

En términos de estas corrientes de pensamiento, toda forma de acción del hombre, individual o colectiva, resultaría explicable a partir de un auténtico prejuicio ético que

definiría al hombre como "naturalmente bueno" o "naturalmente malo" según el extremo desde el cual se situara el observador. De esta manera, las pasiones humanas en juego (odio, amor, envidia, lujuria, etc.) serían los factores determinantes de cada situación socio-histórica analizada.

Marx, por el contrario, sin desdeñar el papel que estas pasiones juegan en el devenir de la fenomenología social, encontró para ellas una ubicación más modesta; ya no como punto de arranque de la movilidad histórica, sino más bien como resultante de diversos modos de organización de las fuerzas productivas de la sociedad.

Al postular, en el famoso prólogo a su Contribución a la Crítica de la Economía Política que "no es la conciencia del hombre la que determina su ser social, sino más bien su ser social el que determina su conciencia", Marx no solamente abrió el camino para un desarrollo autónomo de la ciencia social al permitir la introducción del criterio de objetividad para su estudio; de hecho, sentó las bases para la formulación de una auténtica cosmogonía, que hoy en día conocemos como materialismo histórico y dialéctico, en cuya configuración han intervenido toda una secuela de pensadores inevitablemente influidos (que no necesariamente determinados) por Marx.

Desde la perspectiva de esta cosmogonía, incluso antes de ser propiamente humano, el hombre es entendido como un ser social. Su sociabilidad es interpretada como una fuerza interior, originalmente instintiva, que lo lleva a permanecer en relación con otros hombres con el objeto de procurarse los medios básicos de subsistencia que impiden su extinción como especie.

Y es precisamente en función de la forma (o las formas) como los hombres se organizan para la obtención de esos

satisfactorios, que el materialismo histórico y dialéctico encuentra el punto de arranque de la movilidad social, como un hecho para el conocimiento.

Desde este punto de vista, el análisis científico de la sociedad en su conjunto o de los fenómenos sociales en ella diferenciables, debe iniciarse en el proceso de auto-sostenimiento de los seres humanos. Proceso en el cual, el hombre adquiere la categoría de productor al ser empujado por la necesidad a transformar la naturaleza en vez de meramente apropiársela en su estado original.

"Cualquiera que sea la forma social del proceso de producción, éste tiene que ser necesariamente un proceso continuo o recorrer periódica y repetidamente las mismas fases. Ninguna sociedad puede dejar de consumir, ni puede tampoco, por tanto, dejar de producir" (Karl Marx, "El Capital" Crítica de la Economía Política, Vol. 1, Cap. XXI F.C.E., 8ava. reimpresión, México, 1973. p. 476.

Interpretando de este modo al conglomerado social; es decir, en función de la producción, el análisis del trabajo social nos presenta a las fuerzas productivas de la sociedad (todos aquellos recursos con que se cuenta para la transformación de la naturaleza y la generación de bienes de consumo) y a las relaciones sociales de producción (el modo como los hombres se organizan para disponer de sus recursos), como una unidad indisociable que no solamente genera, sino además, explica la realidad.

En base a estas consideraciones, el materialismo amplió su concepción del hombre, de mero ser social (recolector, cazador), a productor (transformador de la naturaleza, generador de bienes), según el modo de obtención de satisfactores que éste ha establecido. Más aún, el materialismo ha puesto de manifiesto que el hombre alcanza su auténtica dimensión humana (como un ser consciente de sí mismo), a partir de su condición de productor de bienes en sociedad.

Esto es así, porque en esta condición (de productor), el hombre no sólo se organiza para obtener de la naturaleza aquellos satisfactores que le son indispensables para la mera subsistencia como especie; además, al hacerlo, él mismo se convierte en generador de una serie de fenómenos (económicos, jurídicos, políticos, filosóficos, en suma, culturales), que se hecho se van a volver condicionantes del propio entorno humano. En otras palabras, a partir de su condición de productor de bienes, el hombre va a generar su propia realidad y a desarrollar su capacidad para cuestionarla. No sólo expresada ya como un cúmulo de bienes para su consumo, sino como una totalidad, donde sus ideas y sus ideales, sus pasiones y sentimientos guardan una relación directa con el sitio que el individuo ocupa dentro del esquema productivo; dentro del esquema de sus relaciones sociales de producción.

En términos de su participación dentro de éste esquema productivo, el individuo pertenece a y define sus intereses con, diversos grupos dentro de su comunidad. Estos grupos se denominan "clases" y desde la óptica del materialismo, al confrontar sus intereses, estas clases se constituyen en motor de la dinámica histórica.

En este sentido, el materialismo concluye que la estructura de nuestro ambiente social es obra del hombre; que nuestras instituciones y tradiciones no son obra de alguna deidad, o de la fuerza ciega de la naturaleza; más bien son el resultado de acciones y decisiones humanas y como tales, sujetas al cambio por la acción misma del hombre.

Esto, desde luego, no significa que este cambio haya sido históricamente el producto de un esfuerzo consciente de "diseño social", y mucho menos, que sea explicable en términos de pasiones, sentimientos o esperanzas. Más bien, su explicación radica en la interacción de grupos antagónicos por

la consecución de sus intereses, en función de lo cual la lucha llega a adquirir un carácter ideológico.

Desde el punto de vista gnoseológico, el rasgo más sobresaliente de la realidad histórica, es precisamente su carácter humano-social. Ello nos indica que, como objeto de estudio, la sociedad es sencillamente inconcebible fuera del marco de la actividad de los hombres organizados para producir y así reproducir la sociedad.

Pierre Fougeyrollas nos señala que "... de Platón a Hegel, los filósofos habían tomado como punto de partida de sus especulaciones el conocimiento humano bajo su forma conceptual o bajo su forma sensorial... el materialismo histórico rompe con toda la tradición filosófica, y con la misma filosofía, al darse como punto de partida, la práctica social" (P. Fougeyrollas, ob. cit. p. 161).

Esta ruptura significa que el materialismo histórico deja de considerar a la filosofía, como lo había sido hasta entonces, un mero juicio de valor respecto de lo que el mundo debería ser, independientemente de lo que en realidad fuese. Entendida de esa manera, la filosofía pre-marxista pretendía ejercer una supremacía declarativa e inalterable sobre el mundo de los hechos.

Por su parte, para la filosofía de la praxis o práctica social, la tarea meramente contemplativa es tal que se elimina a sí misma y se consume en cuanto deja de ser una contemplación del mundo para convertirse en una actividad humana. Su tarea consiste entonces en distinguir entre la historia y la crítica moral o intelectual de la historia; entre la praxis del sujeto social y su conciencia de esa praxis. Su tarea consiste en hacer historia. Así lo señala Marx en su multicitada onceava tesis sobre Feurbach: "Diversas corrientes del pensamiento filosófico han intentado interpretar al mundo de diversas maneras. Ahora se trata de cambiarlo".

Para efecto del análisis de los procesos que ocurren en la sociedad (resultantes todos ellos de la interacción entre los hombres), el materialismo histórico y dialéctico ha identificado las categorías de la infraestructura y la superestructura como partes inseparables que integran la unidad social. Dicha unidad social, que fue llamada por Marx "formación económico-social", define a la sociedad tomada en su conjunto y considerada a partir de sus relaciones de producción, las cuales constituyen la base real sobre la cual se desarrolla la totalidad de los procesos que ocurren en su interior.

"Las 'ciencias sociales'", señala otra vez Fougeyrollas, "especialmente la sociología y la ciencia política, tratan de estudiar las instituciones suponiendo que estas constituyen el centro de la vida social y que sus estructuras dependen de la "conciencia colectiva" o de un "espíritu característico". Para Marx, (...) es en la sociedad, considerada en sus bases materiales, en el proceso de su producción a partir de esas bases, donde hay que buscar los principios de la explicación científica de las instituciones" (ob. cit. p. 171)

La exposición de estas ideas de Marx respecto de la relación entre la infraestructura y la superestructura social, donde es en la primera que se generan todos los elementos explicativos que nos hacen comprensible la segunda, ha propiciado el riesgo de una visión meramente economicista de la sociedad. Un riesgo real en el que incluso han caído algunos de los propios discípulos de Marx.

"El marxista vulgar", nos explica Popper, "cree que el marxismo ha puesto en evidencia los secretos más siniestros de la vida social, al revelar los motivos ocultos de la avaricia y el deseo de ganancias, los cuales impulsan a los poderes tras el escenario de la historia; poderes que fría y conscientemente originan la guerra, la depresión, el desempleo, el hambre en medio de la opulencia, y todas las otras manifestaciones de miseria social, sólo con el fin de responder a sus deseos viles por obtener ganancias. (...)

Debe admitirse que si en ocasiones el propio Marx menciona a los fenómenos psicológicos como la avaricia y el deseo de

ganancia; jamás los utiliza para explicar la historia. Los interpretó más bien como síntomas de la influencia corruptora del sistema social; es decir, un sistema de instituciones desarrollado históricamente; los señala más bien como efectos que como causas de la corrupción; como repercusiones más que como fuerzas motoras de la historia" (K. Popper, op. cit. pp. 100-101).

Si bien es cierto que para el materialismo histórico y dialéctico las categorías de infraestructura y superestructura resultan inseparables y que de hecho, es en la primera donde se genera la segunda, no sería adecuado interpretar esta visión como un determinismo económico,

"pues si la anatomía de la sociedad es indudablemente económica, su fisiología es inseparablemente económica, cultural, política y en suma, socio-histórica" (P. Fougeyrollas, op. cit. p. 172).

Aún cuando hay aspectos de la vida social que en sentido estricto carecen de historia propia, (porque para hacerlos comprensibles siempre hay que referirlos a un modo de producción históricamente determinado), ello no significa que sean intrascendentes, o que carezcan de importancia a la hora del análisis social total.

La religión, la moral, la estética, ni siquiera la moda, pueden ser consideradas como meras secreciones de la vida social que carecen de todo ingrediente activo. No puede limitarse al materialismo histórico y dialéctico encasillándolo con la visión de que considera a cualquier fenómeno supraestructural como un mero subproducto de la historia real que consiste en los procesos de producción material. Ni siquiera los materialistas más ortodoxos podrían afirmar que las creaciones del pensamiento son solo la espuma en la superficie de la historia y no parte integrante de ella.

"Marx nos habla de la función activa de las ideas como medio indispensable para mantener y transformar la vida social y

nos incluye a las habilidades humanas y la tecnología en la categoría de "fuerzas productivas". Si bien es cierto que no considera que la humanidad sea un resultado de la autoconciencia, ya que ésta es siempre un producto social, Marx señala que "las circunstancias hacen a la gente en la misma medida que la gente crea las circunstancias" (L. Kolakowski "Main Currents of Marxism", Oxford University Press p. 158).

Recapitulando, tenemos pues, que el materialismo histórico pretende responder a la pregunta respecto de las circunstancias que mayor influencia han ejercido en el curso de la evolución de la humanidad y para hacerlo ha tomado como punto de partida, primeramente, la lucha con la naturaleza a partir de la cual los hombres desarrollan toda una serie de recursos (fuerzas productivas) y en seguida, el antagonismo entre ellas mismas por establecer y mantener operativo un modo específico de producción.

En cuanto el desarrollo social permite que los individuos produzcan más de lo estrictamente necesario para su consumo inmediato, se crea la posibilidad de un conflicto en relación con la repartición del producto excedente. La concreción de esta posibilidad, marca la pauta de la marcha histórica.

Por otro lado, el desarrollo de estas fuerzas productivas dentro de cada modo de producción, determina la estructura básica de las relaciones sociales de producción y al hacerlo establece los cimientos de la vida social sobre las cuales se edifica una superestructura que incluye: instituciones políticas (en especial el Estado), formas organizadas de religión, asociaciones políticas, leyes, costumbres y finalmente, la conciencia humana expresada en visiones del mundo.

Pero resulta claro que esta conceptualización de la

realidad social en términos de relaciones sociales de producción, fuerzas productivas, clases sociales, etc., quedaría virtualmente vacía de contenido fuera del contexto de un momento histórico determinado. En otras palabras, la sociedad resultaría indescifrable fuera de la historia. En consecuencia, después de esbozar categorías generales más o menos aplicables al estudio de cualquier sociedad, el materialismo procede a la aplicación de esas categorías en objetos de estudio particulares. Es decir, se procede al estudio de la historia.

2. El carácter histórico del materialismo

Para un observador contemporáneo y casual del proceso del acontecer humano o del devenir histórico, el cúmulo de sucesos, fechas, personajes, anécdotas, lugares, etc., que llenan las páginas de la historia, no dejan de ser, en el mejor de los casos, objeto de una bien intencionada curiosidad por incrementar su bagaje cultural, en respuesta al asombro que normalmente origina el misterio de un algo aparentemente impersonal, distante y básicamente incomprensible.

Es cierto que las condiciones actuales de vida estimulan muy poco la reflexión de tipo histórico; la observación y el análisis para buscar en el estudio del pasado, la razón de ser del presente.

Las circunstancias parecen dejar escasa evidencia de los nexos que vinculan a los diversos modos de vida y de organización social de la antigüedad con las nuestras propias.

Y sin embargo, el peso de la historia, al igual que el de la realidad cotidiana, se encuentra invariablemente presente en el desenlace diario del acontecer humano; tanto a nivel de la vida social, como de la más relegada existencia

individual.

La historia es sin duda una importante condicionante del proceso social. Es la inexorable fuerza de gravedad de la existencia del hombre. Así lo reconoce el maestro, Don José Ortega y Gasset en su obra "La Historia como Sistema", al postular que:

"el hombre no tiene naturaleza; tiene historia (...) Para comprender algo humano, personal o colectivo, es preciso contar una historia. Este hombre, esta nación, hace tal cosa y es así, porque antes hizo tal otra y fue de tal modo. La vida sólo se vuelve un poco transparente ante la razón histórica" (J. Ortega y Gasset "La Historia como Sistema". Editorial Sarpe, Madrid 1984 p. 77).

No obstante, debemos ser sumamente cuidadosos en la formulación de este postulado, para no convertir a esta concepción de la historia en una mistificación o una fuerza ciega y metafísica que regula y controla el destino de los hombres a la manera de la caprichosa diosa Fortuna de los antiguos griegos y romanos.

¿Cómo debe pues entenderse el carácter histórico de la fenomenología social?

El análisis social emprendido por Marx a mediados del siglo XIX pronto demostró que el fenómeno analizado, denominado capitalismo, no era más que un caso particular dentro de un sistema más amplio y general de relaciones que había gobernado la vida social en todas sus formas pasadas y presentes. El capitalismo resultaba así el eslabón más reciente de una cadena forjada a través de las relaciones sociales de producción desde la más remota antigüedad y cuyas unidades de análisis se encontraban en modos específicos de producción históricamente concatenados.

"Cuando hablamos de producción, se trata siempre de una producción a un nivel dado de desarrollo de la sociedad, de una producción de individuos que viven en sociedad. Para hablar de producción es necesario seguir las diferentes fases del desarrollo histórico o especificar desde el primer momento que hablamos de tal o cual época histórica claramente definida. (K. Marx "El Método en la Economía política, Colección 70, Nº. 100, Ed. Grijalvo. México, 1971, p. 17)

En la obra "Del Socialismo utópico al socialismo científico", Engels define al materialismo histórico como:

"esa concepción de los derroteros de la historia universal que ve la causa final y la fuerza propulsora decisiva de todos los acontecimientos históricos importantes, en el desarrollo económico de la sociedad; en las transformaciones de modos de producción e intercambio; en la consiguiente división de la sociedad en clases sociales que cada modo de producción impone, y en la lucha de estas clases entre sí". (F. Engels "Del Socialismo utópico al socialismo científico" Ed. Aguilera. Colección Orbe Nº. 5, Madrid 1969 p. 19)

Ya Engels enfatizó con fuerza suficiente la importancia de la conciencia de clase como ingrediente fundamental en el conflicto de intereses clasistas antagónicos al responder a las objeciones que se hacían contra el materialismo por supuestamente predicar que la revolución social tendría lugar como resultado de una fuerza histórica impersonal utilizando a las clases sociales o a los individuos como meros artífices independientemente de su libre albedrío. Para el materialismo histórico no existe contradicción entre la necesidad histórica y la acción consciente del hombre pues la conciencia de clase constituye en sí misma un factor histórico en juego, resultante del desarrollo evolutivo de las fuerzas productivas.

"Bauer", criticaba Engels, "transforma a la historia en una entidad metafísica que se manifiesta a sí misma en los individuos; sin embargo, en la realidad, la historia no actúa por sí misma; no posee ninguna enorme riqueza, no libra batalla alguna. No es la historia, sino seres humanos concretos los que adquieren posesiones, desarrollan acciones y luchan batallas. No existe ninguna entidad independiente llamada "historia" que

utiliza a los hombres para la consecución de sus propios fines: la historia no es más que la acción trascendente de los hombres" citado por (L. Kolakowski op. cit. p. 148).

Karl Popper ha formulado una devastadora y bien cimentada crítica de aquellas corrientes de pensamiento que efectivamente llegan a ver en la historia una fuerza impersonal e incontrolable antes que un resultado más de la práctica social.* Pero, sin duda que se ha excedido hasta el punto de pretender sacar al individuo de la historia. A cambio de un ser históricamente determinado, Popper nos entrega la imagen de un ser virtualmente ahistórico capaz de "diseñar" su sistema social enteramente a partir de su libre albedrío y sobre la base de la lógica de la razón.

"Por una sorprendente coincidencia de circunstancias", escribe Karel Kosik, "los partidarios del relativismo histórico y sus opositores en nombre del derecho natural se acercan en un punto central: ambas tendencias liquidan a la historia. Tanto la tesis fundamental del historicismo, según la cual el hombre no puede ir contra la historia, como la afirmación polémica del racionalismo, de acuerdo con la cual el hombre debe trascender la historia y alcanzar algo metahistórico que puede garantizar la verdad del conocimiento y de la moral, derivan de un supuesto común: el de la historia como variabilidad, como individualidad e irrepitibilidad única". (K. Kosik "Dialéctica de lo Concreto" México 1963, Octava Edición, 1983, p. 161).

Para el materialismo histórico, a diferencia del historicismo, la historia no constituye meramente un ancla que retiene al individuo o su comunidad inexorablemente inmovilizado por el pasado. Tampoco constituye ésta un resguardo donde las fuerzas reaccionarias intentan estancar el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad atándolas a la raíz de la tradición, o peor aún, del fanatismo. Aunque evidentemente el

* Cfr. K. Popper "La pobreza del historicismo" Editorial Alianza.

riesgo de que ello ocurra es tan lamentablemente real como han sido algunas de las "revoluciones" fundamentalistas en el Oriente Medio.

Pero por otro lado, tampoco podemos percibir o entender (ni siquiera como un mero ejercicio académico) a un sujeto o una formación económico-social fuera de la historia; es decir, entidades ahistóricas o desvinculadas de una tradición cultural propia. No porque pretendamos explicar el acontecer socio-humano en términos de su tradición cultural o de su historia (no podríamos hacerlo excluyendo el análisis del desarrollo de las fuerzas productivas), sino precisamente porque debemos inducir el análisis de esa tradición; de esa historia, como concreción del desarrollo de esas fuerzas y como modo de transmisión para la recreación de las condiciones que permiten la sobrevivencia de un modo de producción determinado.

La realidad humano-social, generada por el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad y a su vez generadora de las condiciones superestructurales que le son propias; no existe sino en la totalidad histórica de sus productos, que no solo son "cosas" externas y accesorias, sino que expresan el carácter mismo de la realidad a la vez que lo crean. La realidad humana no es pues una sustancia inmutable anterior o superior a la historia; se crea en la historia, de la misma manera que crea a la historia.

A manera de resumen, podríamos observar que la historia se expresa como un registro temporal (en el tiempo) del movimiento social que se origina en la infraestructura de cada formación económica-social.

De esta manera, la transición de un modo de producción a otro, no es solo cuestión de satisfacción al gusto del consumidor, sino una forma auténtica de evolución de las fuerzas productivas. Por otra parte, el hecho de que estas

fuerzas establezcan ciertas relaciones de producción, y a través de ellas definan una superestructura social, no significa que el cambio pueda darse mediante simples adecuaciones a la infraestructura; toda vez que las instituciones políticas no son una mera secreción del sistema al que pertenecen, sino de hecho son sus mecanismos de autodefensa, también éstas deben cambiarse antes de poder cambiar al sistema. En consecuencia, la movilidad histórica de un modo de producción a otro no constituye ni una meta arbitraria ni un mero resultado de la historia como fuerza ciega y autónoma, sino el resultado de la lucha consciente de una clase explotada por recobrar su libertad.

3. Su carácter dialéctico.

El esquema dialéctico presentado por Marx no consiste en una mera concepción de la realidad como un cúmulo de procesos interconectados en la estructura de un todo que funciona de acuerdo a sus propias leyes. Según hemos observado, igualmente importante resulta en su concepción el que todos los fenómenos observados constituyen un estadio dentro de un proceso continuo, es decir que los observamos en términos de su evolución histórica.

Pero, ¿de dónde procede ese movimiento que impulsa la evolución histórica? Incluso antes de la época de la filosofía clásica en Grecia, ya se había formulado el planteamiento de que la única variable constante en la contemplación del universo era el cambio. Aún cuando todavía en nuestra propia época existen corrientes de pensamiento que insisten en señalar el carácter meramente aparente del cambio; esta doctrina ha recorrido un largo y fructífero camino para llegar hasta nosotros. Particularmente con la filosofía hegeliana, la concepción del cambio como factor constante y determinante de la realidad, adquiere una dimensión

distintivamente sólida. Para esta concepción, nuestra capacidad para distinguir gnoseológicamente las transformaciones en cualquiera que sea nuestro objeto de estudio, proviene del hecho de que el cambio mismo se encuentra en la naturaleza propia de ese objeto. Para explicar el hecho observado, Hegel desarrolló la teoría de la contradicción, según la cual, cada objeto de estudio analizado contiene en sí mismo fuerzas antagónicas que interactúan influyéndose recíprocamente y produciendo de esta manera el paso a un estado nuevo de cosas en el seno del objeto estudiado. Hegel, sin embargo, en la exposición de su pensamiento, llegó a la conclusión de que en la construcción contradictoria de la realidad, la fenomenología de la mente ocupaba un sitio de privilegio, derivando a partir de ello la existencia del mundo material como un subproducto de la única realidad auténtica: la idea.

Marx por su parte, aunque heredero de la tradición hegeliana, expuso su concepción de las fuerzas antagónicas que mueven la realidad, en términos sustancialmente distintos a los del viejo maestro. En el postfacio a la segunda edición de "El Capital", Marx aclara con toda precisión:

"mi método dialéctico, no sólo es fundamentalmente distinto del de Hegel, sino que es, en todo y por todo, la antítesis de él. Para Hegel, el proceso del pensamiento, al que él convierte, incluso, bajo el nombre de Idea, en sujeto con vida propia, es el demiurgo de lo real, y ésto, la simple forma externa en que toma cuerpo. Para mí, lo ideal no es, por el contrario, más que lo material traducido y traspuesto a la cabeza del hombre". (Karl Marx, op. cit. p. XXIII)

Para Marx pues, la dialéctica no constituye una mera colección de reglas o principios independientes entre sí o independientes del objeto de estudio al cual se aplica. Es más bien, como un hecho para el conocimiento, la percepción de las formas de contradicción inherentes a la naturaleza misma del

objeto de estudio y el vínculo de conexión con el sujeto cognocente.

Si fuese un método que pudiese ser expuesto en forma aislada, a la manera de una fórmula matemática aplicable a la solución de cualquier problema, no habría razón alguna por la cual Marx hubiese tenido que proclamar su método como el opuesto al de Hegel en razón del idealismo de este último, ya que las leyes dialécticas podrían aplicarse entonces indistintamente al interpretar la historia de manera idealista o de manera materialista. Para Marx, la relación entre la conciencia y el proceso histórico, constituye parte del contenido mismo del proceso histórico, constituye parte del contenido mismo del proceso dialéctico. Mientras que para la dialéctica hegeliana, la realidad se entiende como una creación de la mente y de la forma como la mente busca y alcanza la comprensión de la realidad como su creación, para la dialéctica marxista, la realidad constituye una expresión de las condiciones materiales de existencia bajo las cuales se manifiesta y en razón de las cuales la mente busca y encuentra la comprensión de sí misma, sólo en conexión con esas condiciones materiales de existencia que le dan origen.

Siendo sin embargo, la realidad misma de naturaleza dialéctica, al ser captada por la mente, deviene a la vez influida por la misma y en el juego antagónico de estas fuerzas (realidad-idea-realidad) se origina nuevamente la transformación o cambio del universo observado.

En estos términos pues, la dialéctica como forma de comprensión del universo sólo es consecuencia de la dialéctica propia del universo, de la misma manera en que la teoría marxista del movimiento dialéctico se enriquece en la conciencia de su propia dependencia respecto del proceso histórico en el cual se origina, es decir, en el análisis del

funcionamiento de la sociedad capitalista. La dialéctica marxista tiende así a la unidad del sujeto con su objeto de estudio, restaurando a la vez para el primero la unidad de la conciencia histórica con su ser social.

4. La Totalidad y la Praxis.

El concepto de totalidad no es una aportación original de Marx al pensamiento científico-social. Ciertamente, al igual que muchos otros de los conceptos manejados por él, la noción de la totalidad viene de la filosofía clásica alemana para convertirse en uno de los pilares centrales de la dialéctica materialista.

Aún cuando la idea que presupone el concepto de la totalidad es una de las más resonadamente explotadas por diversas corrientes científicistas del pensamiento social en el transcurso de ya más de un siglo, en realidad, dentro de dichas corrientes, no se ha ido mucho más allá de un señalamiento superficial respecto a la interrelación de todo con todo en el mundo y del todo con sus partes. Ya el Prof. Luis González de Sousa ha presentado una atinada crítica contra algunas de estas corrientes de pensamiento en su artículo: "Crítica a algunas concepciones contemporáneas de la realidad mundial", aparecido en Relaciones Internacionales N.º. 31, Vo-. XI, revista del CRI, nueva época. FCPyC, UNAM. México 1984.

K. Kosik por otro lado, apunta:

"La idea de la totalidad, que comprende la realidad en sus leyes internas, y descubre bajo la superficialidad y causalidad de los fenómenos las conexiones internas y necesarias, se opone al empirismo que considera más manifestaciones fenoménicas y casuales y no llega a la comprensión de los procesos de desarrollo de lo real. Desde el ángulo de la totalidad se entiende la dialéctica de las

funcionamiento de la sociedad capitalista. La dialéctica marxista tiende así a la unidad del sujeto con su objeto de estudio, restaurando a la vez para el primero la unidad de la conciencia histórica con su ser social.

4. La Totalidad y la Praxis.

El concepto de totalidad no es una aportación original de Marx al pensamiento científico-social. Ciertamente, al igual que muchos otros de los conceptos manejados por él, la noción de la totalidad viene de la filosofía clásica alemana para convertirse en uno de los pilares centrales de la dialéctica materialista.

Aún cuando la idea que presupone el concepto de la totalidad es una de las más resonadamente explotadas por diversas corrientes científicistas del pensamiento social en el transcurso de ya más de un siglo, en realidad, dentro de dichas corrientes, no se ha ido mucho más allá de un señalamiento superficial respecto a la interrelación de todo con todo en el mundo y del todo con sus partes. Ya el Prof. Luis González de Sousa ha presentado una atinada crítica contra algunas de estas corrientes de pensamiento en su artículo: "Crítica a algunas concepciones contemporáneas de la realidad mundial", aparecido en Relaciones Internacionales N.º. 31, Vo-. XI, revista del CRI, nueva época. FCPyC, UNAM. México 1984.

K. Kosik por otro lado, apunta:

"La idea de la totalidad, que comprende la realidad en sus leyes internas, y descubre bajo la superficialidad y causalidad de los fenómenos las conexiones internas y necesarias, se opone al empirismo que considera más manifestaciones fenoménicas y casuales y no llega a la comprensión de los procesos de desarrollo de lo real. Desde el ángulo de la totalidad se entiende la dialéctica de las

leyes y de la causalidad de los fenómenos, de la esencia interna y de los aspectos fenoménicos de la realidad, de la parte y el todo, del producto y de la producción (K. Kosik, op. cit. p. 53).

Más adelante, Kosik nos explica que para el materialismo histórico y dialéctico, la totalidad es una forma de entender y concebir a la realidad. Al limitar su interpretación como un mero principio metodológico, las corrientes idealistas del siglo XX sólo han empobrecido su contenido.

No se trata pues de concebir un complejo de hechos de alguna manera interconectados entre sí para explicar lo observado o lo observable, sino un todo estructurado y dialéctico en el cual pueda ser explicado racionalmente cualquier hecho

"La dialéctica de la totalidad concreta no es un método que pretende ingenuamente conocer todos los aspectos de la realidad sin excepción y ofrecer un cuadro "total" de la realidad con sus infinitos aspectos y propiedades, sino que es una teoría de la realidad, y de su conocimiento como realidad. La totalidad concreta no es un método para captar y describir todos los aspectos, caracteres, propiedades, relaciones y procesos de la realidad; es la teoría de la realidad como totalidad concreta. Si la realidad es entendida como concreción, como un todo que posee su propia estructura (y, por tanto, no es algo caótico) que se desarrolla (y, por ende, no es algo inmutable y dado de una vez para siempre), que se va creando (y, en consecuencia no es un todo perfectamente acabado y variable sólo en sus partes singulares o en su disposición), de tal concepción de la realidad se desprenden ciertas conclusiones metodológicas que se convierten en directriz y principio epistemológico en el estudio, descripción, comprensión, ilustración y valoración de ciertos sectores tematizados de la realidad" (op. cit. p. 56)

Pero aún más que en la noción de la totalidad, es en el concepto de la praxis donde verdaderamente se fundamenta y consolida el materialismo histórico y dialéctico, pues es justamente en la praxis donde se genera la totalidad como realidad concreta.

Toda vez que el materialismo considera a los diversos procesos sociales asimilándolos al conjunto constituido por la relación entre fuerzas productivas y modo social de producción; su punto de vista puede ser considerado como el de la totalidad, aún cuando ésto no sea suficiente para definir su originalidad teórica y metodológica y diferenciarlo cabalmente de una concepción totalizadora como la de Hegel.

En efecto, la categoría de la totalidad por si sola resulta muchas veces insuficiente para distinguir entre el materialismo y el idealismo que ha pretendido apropiarsela bajo las formas del organicismo, sistemismo o estructuralismo.

Es en la concepción de la praxis; en la concepción del hombre como sujeto onto-creador que el materialismo ha encontrado la "racionalidad" del universo social.

"En el concepto de la práctica", nos dice Kosik, "la realidad humano-social se presenta como lo opuesto al ser dado, es decir, como aquello que forma el ser humano a la vez que es una forma específica de él. (...) La praxis del hombre no es una actividad práctica opuesta a la teoría, sino que es la determinación de la existencia humana como transformación de la realidad (op. cit. p. 240).

En otras palabras, no es el mero "hacer" mecánicamente en el que se hace el hombre, sino en la conjunción dialéctica entre el "hacer" y la conciencia del hacer. La unidad de la teoría y la práctica oportunamente proclamada por el marxismo.

Brevemente expuesto el panorama general de la concepción que el materialismo histórico y dialéctico nos ofrece de la realidad social, podemos retomar el análisis de los problemas específicos para el teórico de las relaciones internacionales planteados en el desarrollo de nuestro primer capítulo.

5. La cuestión del método.

Desde el punto de vista metodológico, la percepción histórico-dialéctica de la realidad, que nos señala que un fenómeno sólo puede ser cabalmente comprendido en relación con la totalidad, no significa que el punto de partida del análisis deba ser un "todo" empírico que el sujeto deba identificar en la realidad. Al contrario, en sentido estricto, el "todo" como tal, no puede ser considerado como objeto inicial de conocimiento.

El propósito de la teoría consiste precisamente en identificar las categorías de análisis concretas a partir de las cuales se produce la articulación que da forma al todo. Marx es muy preciso a este respecto:

"Cuando se estudia la economía de un país se analiza en primer lugar la estructura de su población (...) Puede parecer un buen método comenzar por la base sólida de lo que parece real y concreto; en una palabra, enfocar la economía a través de la población, la cual constituye la raíz y el motivo de todo el proceso de la producción. Sin embargo, bien visto, este método es erróneo. La población resulta una abstracción si, por ejemplo, paso por alto las clases de que se compone. A su vez, estas clases no tienen sentido, si ignoro los elementos sobre los cuales descansan, por ejemplo: el trabajo asalariado, el capital, etc. Estos últimos, suponen el cambio, la división del trabajo, los precios, etc.

Si en consecuencia, comenzara sencillamente por la población, tendría una visión caótica del conjunto. Pero, si procediera mediante un análisis cada vez más penetrante, llegaría a nociones cada vez más simples: partiendo de lo concreto que yo percibiera, pasaría hacia abstracciones cada vez más sutiles para desembocar en las categorías más simples. En este punto, sería necesario volver sobre nuestros pasos para arribar de nuevo a la población. Pero esta vez, no tendríamos una idea caótica del todo, sino un rico conjunto de determinaciones y de relaciones complejas. (...) partiendo de nociones simples -tales como el trabajo, la división del trabajo, la necesidad, el valor de cambio- pasamos hasta el Estado, el intercambio entre las naciones y el mercado mundial. Evidentemente, este es el método científico correcto". (K. Marx "El Método en la Economía Política" Ed. Grijalvo, México 1971, pp. 41-42).

Resulta claro que, el enfoque que Marx propone para el análisis de los fenómenos sociales, en el cual todas las categorías se integran en un todo único, mantiene su validez en todas las fases del proceso cognoscitivo del objeto de estudio. Es decir, que en cada caso considerado, se tendrá que empezar por identificar y conceptualizar las categorías más simples para después, y a partir de ellas, integrar la visión del conjunto.

Marx reitera insistentemente que las categorías identificadas para el análisis social carecen de cualquier "cualidad natural" asequible a nuestro sistema sensorial. Su "esencia" única, es de carácter social que de ninguna manera puede ser considerado como un atributo físico.

Ya podemos tomar una mercancía y darle todas las vueltas que queramos: como valor, nos encontramos con que es simplemente inaprehensible. Recordemos, sin embargo, que las mercancías sólo se materializan como valores en cuanto son expresión de la misma unidad social: Trabajo humano, que, por tanto, su materialidad como valores es puramente social y comprenderemos, sin ningún esfuerzo que esa su materialidad como valores, sólo puede revelarse en la relación social de unas mercancías con otras. (K. Marx "El Capital" Crítica de la Ec. Política, Vol. I, Cap. I, F.C.E. México 1978, pp. 14-15).

El análisis del contenido de este postulado nos sugiere que la vida de los hombres en sociedad (sus relaciones sociales de producción) generan formas de existencia que no pueden reducirse a las formas fenomenológicas de la naturaleza ni aprehenderse en forma sensorial. Y sin embargo, son constituyentes y determinantes del proceso histórico-social total. En resumen, las diversas formas de existencia social se generan en la praxis.

6. El objeto de estudio.

Siguiendo la línea de pensamiento del materialismo

histórico y dialéctico; para el análisis de su objeto de estudio, los investigadores del área social, tendrán siempre que empezar por identificar las categorías más simples del fenómeno estudiado, para de ahí proceder a la integración de la visión del conjunto.

En este sentido, Marx ha dejado una guía muy importante al señalar:

"En último análisis las cuestiones planteadas se reducen todas a lo siguiente: ¿cuál es el efecto de las condiciones históricas sobre la producción y cuál es la relación de esta última con la evolución histórica? Todo ello pertenece, evidentemente a la discusión y al análisis de la producción misma". (K. Marx "El Método en la Economía Política" Col. 70, N.º. 100, Ed. Grijalvo, México 1971 p. 35).

Así pues, a partir de las obras de innumerables escritores histórico-materialistas sobre diversos aspectos de la fenomenología social, (la producción, las relaciones de clase, la conciencia de clase, la revolución, el Estado, el Imperialismo), se va reproduciendo para el conocimiento la imagen de la sociedad contemporánea. Desde este punto de vista, más que pretender una construcción teórica basada en un cuerpo fijo de verdades, la ciencia social del materialismo se concibe como un proceso continuo; como un proyecto auténticamente histórico, de integración del conocimiento, que se genera en la praxis.

Cuando, hoy en día, buscamos explicarnos acontecimientos concretos, como los conflictos bélicos regionales o las crisis financieras, etc., invariablemente tendremos que remitirnos a sus antecedentes históricos y formular su explicación en el marco del proceso de integración de la formación económico-social internacional. Sin perder de vista que:

"Si se invoca la evolución histórica, es generalmente para afirmar que la última forma de sociedad no es más que el

resultado de las sociedades pasadas que constituyen etapas que conducen a ella" (op. cit. p. 48)

El plan de trabajo que Marx esbozó para índice de su obra así lo sugiere; ya en las "notas breves" al inicio de su ensayo sobre "Medios de Producción y Relaciones de Producción", escribe, para desarrollar más adelante:

"fenómenos secundarios y terciarios": relaciones de producción no originales, derivadas o transferidas"; a lo cual añade textualmente "Las relaciones Internacionales pertenecen a este campo" (op. cit. p. 55).

Debemos señalar que la clasificación de "fenómeno secundario o terciario" de ninguna manera debe interpretarse como "fenómeno sin importancia". La ciencia social, como todo proceso del conocimiento, es también acumulativa; de ahí que Marx nos diga:

"En consecuencia, estableceremos nuestro plan de la siguiente manera:

- 1) Las nociones abstractas y generales más o menos válidas para todos los tipos de sociedad, teniendo en cuenta las observaciones que hemos hecho al respecto.
- 2) Las categorías que constituyen la estructura interna de la sociedad burguesa y sobre las cuales descansan las clases fundamentales. El capital, el trabajo asalariado, la propiedad de la tierra, sus relaciones recíprocas. La ciudad y el campo. Las tres grandes clases de la sociedad. El cambio entre ellas. La circulación. El crédito.
- 3) La concentración de las relaciones de la sociedad burguesa en el estado (considerado igualmente en sí mismo). Las clases "improductivas". Los impuestos. La deuda pública. El crédito público. La población. Las colonias. La emigración.
- 4) Las relaciones internacionales de la producción. La división internacional del trabajo. Los cambios entre las diferentes naciones. La exportación y la importación. El curso del cambio.
- 5) El mercado mundial y las crisis.

La concatenación eslabonada de los temas es

suficientemente clara. Los puntos 4 y 5 en el plan de trabajo de Marx constituyen una clara pauta para la definición del objeto de estudio de los internacionalistas contemporáneos: el surgimiento, evolución, integración, así como las perspectivas futuras de la formación económico-social internacional, bajo el esquema general del modo de producción capitalista. Naturalmente que esto no excluye, sino por el contrario, presupone el estudio de las formas de interacción entre formaciones socio-económicas independientes bajo regímenes precapitalistas.

En función de estas consideraciones, podemos pensar que las relaciones internacionales, como actividad académica, constituyen el esfuerzo del intelecto por comprender el proceso de universalización de las relaciones entre todas las distintas formaciones socio-económicas que pueblan nuestro planeta. Para ello, el teórico de las relaciones internacionales debe integrar una visión de conjunto, que a partir del análisis de las condiciones que permiten el surgimiento de un "mercado mundial", se eleva al análisis de las condiciones que éste genera una vez que ha sido establecido, con el fin de auto-reproducirse.

7. El panorama de las relaciones internacionales desde la la óptica del materialismo histórico y dialéctico.

Si bien es cierto que, consideradas desde su perspectiva como disciplina académica, las relaciones internacionales constituyen un asunto relativamente reciente en el ámbito de la ciencia social, también lo es que, como práctica empíricamente constatable en la realidad, su origen se remota en la historia prácticamente a los albores mismos de la humanidad.

Naturalmente que la validez de esta afirmación depende

esencialmente del alcance semántico que pretendemos darle el nombre de nuestra disciplina; ¿qué es en efecto lo que queremos decir al hablar de "relaciones internacionales"?

Esta designación aparece empleada por primera vez en los escritos del filósofo utilitarista inglés Jeremy Bentham hacia fines del siglo XVIII. Es claro que tal designación en esa época sólo refleja una realidad que se ha venido haciendo notablemente más palpable para los pensadores del llamado "siglo de las luces": el fenómeno de la interacción creciente entre formaciones socio-económicas soberanas. ¿Pero significa esto que este tipo de relaciones no existían con anterioridad a esta fecha, o peor aún; que nadie se había percatado de ellas como para convertirlas en objeto de estudio? Aunque la literatura al respecto es escasa, su existencia no deja mucho lugar a dudas; como fenómeno genérico, la interacción entre pueblos, naciones y formaciones socio-económicas, existe desde la más remota antigüedad, lo mismo que diversos intentos por normar o reglamentar esa interrelación de los diferentes grupos entre sí. Lo cual nos sugiere que no podemos ser demasiado estrictos con el empleo del término para referirlo exclusivamente al fenómeno contemporáneo.

En tiempos de Bentham, la "nación" se concibe, ante todo, como un fenómeno de tipo cultural, en virtud del cual se integra a un conglomerado social con antecedentes históricos comunes, bajo la égida de un aparato político-administrativo denominado "Estado". Estas naciones, (cuyo modo específico de integración ocurre en la Europa Occidental a partir del siglo XVI), establecen y mantienen el contacto entre sí, básicamente a través de la organización estatal que a cada una de ellas representa. Por eso se dice, que las relaciones internacionales adquieren, a partir de ese momento, un sello distintivamente inter-Estatal. Son los "Estados" los que, en su calidad de órganos de gobierno representantes de la

"nación", establecen las reglas de juego para la interacción con sus semejantes. Pero el concepto de "nación" fue rebasado por la realidad demasiado pronto, y hoy en día difícilmente podemos encontrar una definición de la nación que realmente se ajuste al fenómeno empírico de integración de un conglomerado social. Al imponer su modelo cultural de organización, la Europa Occidental, de hecho, diseñó el mapa geo-político del mundo contemporáneo, y con él, todos los problemas que en la actualidad le aquejan. Las diferentes formaciones socio-económicas que aún lo integran, todavía mantienen contacto (inevitablemente) entre sí y aunque el nombre de "internacionales", según la concepción original ya no refleja con precisión la complejidad de la interacción entre ellas; la idea que se pretende transmitir mediante su uso es todavía suficientemente clara.

En el contexto del marco teórico-conceptual elaborado por el materialismo histórico y dialéctico, el surgimiento de las relaciones internacionales en el terreno de la praxis, se plantea como consecuencia inmediata de la existencia de diversas formaciones económico-sociales independientes entre sí, en cuanto a su modo de organización política, en el escenario mundial, y del establecimiento de contacto entre ellas.

Dicho contacto, originalmente determinado por el azar y condicionado ante todo por el temor y la desconfianza frente a lo desconocido, ha venido evolucionando a lo largo de ya más de 5000 años de historia escrita, hasta abarca en el transcurso de nuestro siglo, a la totalidad del planeta.

Como observadores de este fenómeno, los internacionalistas se avocan a identificar las semejanzas y señalar las diferencias del modo de interacción entre agrupaciones sociales políticamente distintas, a través del tiempo. Naturalmente que

el criterio de guía para los materialistas tendrá que ser el modo de producción predominante en el universo geo-temporal que estudian, el cual imprime su sello característico a la interrelación de los pueblos entre sí.

En función de lo anterior, podemos añadir que, siguiendo el curso del avance de las fuerzas productivas imperantes a cada paso en la historia, las "relaciones internacionales" también han venido evolucionando cualitativamente en el tiempo. De esta manera, a la par de 4 épocas o fases en la evolución de la humanidad identificadas para su estudio por el materialismo, en función de un modo de producción específico; para los internacionalistas existe igualmente 4 momentos básicos de análisis concernientes con la fenomenología internacional: la comunidad primitiva, el esclavismo, el feudalismo y el capitalismo. Y si bien es cierto que para el análisis correspondiente a cada faceta se deben distinguir las características que hacen a un momento histórico cualitativamente distinto de otro; también resulta fundamental conservar en mente la unidad del proceso social que permite una auténtica visión de conjunto.

El testimonio histórico disponible para conocer y evaluar el esquema de interacción entre las formaciones socio-económicas de la fase correspondiente a la comunidad primitiva es lamentablemente demasiado escaso todavía. La imagen que hoy en día podemos tener respecto a este esquema, proviene fundamentalmente de la huella que los estudios antropológicos, en especial a partir del siglo XIX, han rescatado para la posteridad.

Los antropólogos han tenido adicionalmente la fortuna de poder analizar en este siglo, a grupos aborígenes cuyas condiciones materiales de existencia se aproximan sustancialmente a las que, con alto grado de probabilidad,

vivieron aquellos grupos primitivos.

A partir de ello, podemos pensar que las "relaciones internacionales" entre estas formaciones económico-sociales, en concordancia con su visión del mundo, deben haber estado más determinadas por motivaciones instintivas que racionales; dominadas por el temor a un entorno hostil y manipulado por fuerzas sobrenaturales. En estas condiciones, el contacto entre los diversos grupos tiene que haber sido mas bien limitado y esencialmente regido, como el resto de su vida social, por la religión y la magia.

Cuando el desarrollo de las fuerzas productivas, hasta entonces basado principalmente en la recolección y la caza, permitió un crecimiento de los grupos tal, que se hizo posible rebasar el límite de la organización social basada primordialmente en las relaciones sanguíneas, los indicios de "relaciones internacionales" también empezaron a incrementarse. Su aspecto más notable fue quizá el del surgimiento de las familias exogámicas, integradas por individuos procedentes de diferente agrupación. La concertación de este tipo de matrimonio propició la aparición de elaborados ritos, así como de los intermediarios adecuados para su celebración. Sin duda que bajo este esquema ampliado, el contacto pudo irse haciendo más estrecho y permitiendo mayores relaciones comerciales y militares principalmente.

La aparición de la escritura, que los expertos han coincidido en ubicar en el sudoeste asiático (región de la mesopotamia), aproximadamente hacia el tercer milenio anterior a nuestra era, marca el inicio real de la historia de la humanidad, en virtud de haber permitido el registro de los más variados aspectos de la vida social. Gracias a ello, a partir de esta época, tenemos ya un panorama mucho más claro que en la fase anterior, de lo que fue la interacción de los

diferentes pueblos entre sí, aun cuando dicho panorama dista mucho aún de ser completo.

Desde luego que, a partir de este momento, resulta de capital importancia el ubicar geográficamente a los grupos de los que pretenda hablarse, debido a los diferentes niveles de desarrollo que los pueblos empezaron a mostrar en función del despliegue de sus fuerzas productivas.

Parece altamente probable que a estas alturas, (3000 a.c.) prácticamente en todos los continentes del globo terráqueo hayan existido diversos grupos humanos; aunque esto de ninguna manera significa que ya para entonces todos hubiesen tenido contacto entre sí. Hoy en día tenemos algunos indicios de que las culturas más avanzadas de la época estaban establecidas en territorios de la actual China y de la India, aunque su conocimiento es todavía sensiblemente precario para el hombre occidental contemporáneo. Sin embargo, son más bien las culturas del Oriente Medio y, posteriormente, de la cuenca del Mediterráneo las que mayor influencia (y en consecuencia de las que mayor información tenemos), ejercieron sobre el desarrollo de la civilización occidental.

Desde el punto de vista de interés para el internacionalista, puede destacarse el surgimiento de grupos sedentarios que progresivamente se van apoderando de mayores áreas de influencia, en virtud de lo cual parece predominar un estado de guerra prácticamente permanente entre los pueblos. Por otra parte, el período de tiempo que abarca esta remota antigüedad; desde la aparición de la escritura, hasta el momento en que se reconoce la aparición de un nuevo modo de producción social, (el feudalismo) es sin duda bastante amplio y comprende además a diversas culturas y niveles de desarrollo.

Naturalmente que su estudio a fondo requiere de unas

bases que este trabajo sólo puede modestamente sugerir. Sin embargo, es importante señalar que, gracias a la escritura, ya por entonces podemos detectar en diferentes regiones geográficas, la presencia de algunos elementos básicos de las relaciones internacionales, que aun hoy en día juegan un papel fundamental en la interacción de las formaciones socio-económicas de nuestro mundo. Tal es el caso de los tratados, las alianzas y las gestiones diplomáticas para resolver aquellos problemas que actualmente podríamos ya definir como clásicos de las relaciones internacionales: la delimitación de fronteras, la reglamentación de actividades comerciales y el trato a los extranjeros.

Del análisis del modo de interacción de los pueblos entre sí, ya desde aquella lejana época, puede observarse como tendencia natural, una cierta inclinación hacia la integración cultural en las regiones, misma que puede darse de manera violenta o gradual y siempre en forma dialéctica es decir, mediante influencia recíproca de los pueblos en contacto. Así, el proceso de integración se manifiesta en la formación de imperios que van dejando su huella cultural en la historia y que, en su momento de esplendor se constituyen en artífices de un auténtico movimiento de universalización.

No es sino hasta finales de la cuarta centuria correspondiente a nuestra era, y concretamente en el contexto regional del Imperio Romano de Occidente, que podemos observar el advenimiento de un nuevo modelo de producción social basado, ya no exclusivamente en la explotación directa de la mano de obra del esclavo, propiedad de la clase pudiente, sino en la distribución de la tierra entre una clase privilegiada de señores feudales y el trabajo del siervo, retribuido mediante concesión de tiempo y uso de tierra en proporción indispensable para su sobrevivencia. La característica más notable desde el punto de vista

internacional parece ser, en este momento, el surgimiento de una serie de feudos con cierta tendencia hacia la autarquía, pero bajo la autoridad de un poder central mediador en sus conflictos. En este contexto, puede afirmarse que la normativa internacional de medioevo europeo era relativamente simple:

- en ausencia de un acuerdo específico de paz, la guerra era la condición normal y universalmente aceptada entre los reinos cristianos independientes.
- a menos que se contara con un salvoconducto o un acuerdo específico, el monarca tenía derecho a tratar a los extranjeros a su entera discreción.
- La Alta Mar, se consideraba "tierra de nadie" y cada cual podía proceder según su conveniencia.

Muchos historiadores contemporáneos se preguntan si es válido "centralizar" la atención en el entorno europeo durante el milenio que abarca la Edad Media cuando se pretende reconstruir el curso de la "historia universal". Desde luego que para los herederos de la civilización occidental no existe la menor duda respecto de su importancia. Pero aún en el contexto más amplio de la historia del mundo, ese momento específico de la historia europea reviste un interés especial porque en él se ha dado un cambio en cuanto al modo de organización social para la producción de bienes materiales, que efectivamente viene a transformar la fisonomía socio-cultural de la región, mientras que en los demás continentes la ausencia de cambios en la infraestructura económica de las sociedades implica también ausencia de cambios de fondo en cuanto a la superestructura, motivo por el cual se mantienen los mismos patrones de conducta tanto en lo interno como en lo internacional. En el mundo europeo, en contraste, se inicia una serie de transformaciones que, por así decirlo, conducen a la estructura del mundo actual.

El materialismo histórico y dialéctico, como oportunamente se ha señalado, nos explica estos cambios en términos de lucha de clases y desarrollo de fuerzas productivas. Es hacia fines del siglo XV de nuestra era que una serie de fenómenos empiezan a incidir de manera definitiva en el derrumbe del viejo orden feudal abriendo paso a un nuevo e impetuoso orden económico internacional, fincado en un modo de producción al que se ha denominado capitalismo, que se basa en la acumulación de capital y la explotación del trabajo asalariado.

Desde el punto de vista internacional, nuestro panorama histórico es ahora sustancialmente más rico que el de cualquier etapa anterior (En el sentido de poder disponer de mayor información que en cualquier otra época). Estamos pues en los albores de una historia que auténticamente empieza a universalizarse. El rasgo distintivo de la época es la conformación de las agrupaciones económico-sociales en "Estados-Nación" y el surgimiento de todo un desarrollo conceptual que pretende su justificación.

Siguiendo la tendencia hacia la homogenización, se puede intentar analizar la historia del mundo a partir del siglo XVI, como la historia de la progresiva expansión del sistema capitalista hacia todos los rincones de la tierra, y la consecuente integración de una Sociedad Internacional.

Una de las características más sobresalientes de esta formación económica-social internacional de nuestra época, es precisamente la contradicción entre la universalización del capitalismo y la presencia de la figura del Estado en el panorama político mundial. El análisis de esta problemática revela gran parte de los matices que hacen comprensible y en cierta medida predecible a la historia y el materialismo dispone de los recursos suficientes para apoyar el trabajo de los investigadores en la consecución de esta interminable tarea.

La verdad científica siempre resulta paradójica si la juzgamos a la luz de la experiencia cotidiana, la cual sólo percibe la apariencia engañosa de las cosas.

Karl Marx

Consideraciones finales

Para muchos estudiantes aspirantes a internacionalistas, la faceta de estudio relacionada con la elucubración teórica sigue siendo aún una región oscura y pantanosa en la que el proceso de conceptualización y la identificación de las categorías adecuadas para el análisis, solamente aparentan ser tareas que obstaculizan la comprensión de los fenómenos o acontecimientos "reales" que pueden percibirse como resultado de la interacción de los pueblos de la tierra entre sí.

Muchos de nuestros especialistas, con una visión pragmática de la realidad, prefieren, como reto profesional, la confrontación con "hechos concretos" de la práctica internacional contemporánea y buscan por ello desarrollar una habilidad específica para la negociación, ya sea en el terreno de la diplomacia, del comercio o las finanzas, entre otros; tanto en el plano bilateral como el multilateral. Por el otro lado, cuando de intentas explicar esos hechos se trata, normalmente se recurre a su ubicación en el plano exclusivo de la lucha ideológica en términos del Poder.

El punto de partida para el desarrollo de este trabajo

ha sido una premisa relativamente simple: no es posible realizar un análisis de interpretación de la fenomenología observada en ausencia de un marco conceptual de referencia contra el cual se contrastan los fenómenos observados y sobre el cual se apoyan las conclusiones mismas de la observación.

Así pues, en función del camino recorrido, podemos ahora concluir con una síntesis igualmente sencilla: la labor del teórico en el área de las relaciones internacionales, de hecho, al igual que en cualquier otra rama del quehacer científico, puesto que la ciencia es una sola; consiste precisamente en la formulación de ese marco conceptual que sustenta a los principios epistemológicos sobre los que se erige su disciplina.

No pretende esta ser una conclusión original. Ya David Singer ha señalado que:

"En ausencia de conceptos, ningún fragmento de información puede ser relacionada significativamente con otro, y en ausencia de conceptos sólidos, acaso podremos llegar a un modesto entendimiento sin importar cuan abundante sea nuestra colección de datos. Gente de acción (como los estrategas) o gente común (como la mayoría indiferente de ciudadanos) difícilmente se interesan en la labor de la teorización abstracta sobre temas internacionales; mientras que sus conceptos o construcciones parezcan funcionar, aun siendo esquemas explicativos simplistas, es poco probable que sientan la necesidad de reformularlos o tratar de encontrar otros nuevos. Incluso muchos internacionalistas se enfrentan a la dificultad de entender y explicar el complejo fenómeno de la política internacional con el lamentablemente reducido e inadecuado repertorio conceptual de la gente común". Singer David "The behavioural science approach to International Relations" Theory and Method: Prospects and problems p. 68.

¿Significa ésto que cada aspirante a teórico debe recorrer de nueva cuenta todo el camino andado por sus predecesores? Bueno sí, en cuanto al reconocer y postular los problemas a enfrentar, aunque no necesariamente en cuanto

a los intentos que se han dado por resolver esa problemática. En este sentido, siempre será de suma utilidad revisar el camino recorrido por diversas escuelas de pensamiento y su potencial explicativo. De hecho, este es, concretamente uno de los propósitos de este trabajo al analizar el potencial que ofrece el materialismo histórico y dialéctico para la disciplina de las relaciones internacionales.

Al concebir al mundo como una totalidad organizada e interrelacionada; como una concatenación de procesos más que un conjunto de "cosas acabadas"; ésta corriente de pensamiento ha permitido la ubicación de nuestra disciplina en el esquema de una ciencia unitaria que percibe a los fenómenos sociales como el resultado de la actividad productiva de los hombres, (o sea, relacionada con la transformación de la naturaleza en satisfactores para sus necesidades). De esta manera, gracias a su esfuerzo unificador de la ciencia, el materialismo ha superado el dilema de tener que justificar la existencia de una ciencia particular en función de un objeto de estudio "propio" "único" o "específica".

En realidad, esa interconexión de los fenómenos sociales entre sí ha puesto en evidencia la imposibilidad de demarcar áreas de estudio que, a manera de islas, permitan un análisis independiente, sin referencia a las otras áreas de estudio con las que se traslapan los fenómenos observados.

A la luz de este enfoque, podemos describir nuestro momento histórico conyuntural como el continuo de un flujo de relaciones que se inicia con la aparición de las primeras formaciones económico-sociales sobre la faz de la tierra y sus diversos contactos entre sí, los cuales han venido evolucionando hasta abarcar al total de la humanidad al punto de constituir una civilización auténticamente universal en la que lo que sucede en cualquier parte del mundo, efectivamente,

tiene repercusiones entre todos los países.

Hoy en día, más que en cualquier otra época de la historia, el aislacionismo o la indiferencia son virtualmente imposibles en las relaciones internacionales, y el materialismo histórico y dialéctico nos ofrece un sólido marco conceptual de referencia para su análisis.

BIBLIOGRAFIA

1. Aron, Raymond Qu'est-ce qu'une Théorie des Relations Internationales en Revue Française de Science Politique Vol. XVII, N^o. 5, Oct. 1967.
2. Bertalanffy, Ludwig Von Perspectivas en la Teoría General de los Sistemas Editorial Alianza AU230 Madrid 1979.
3. Bertalanffy, Ludwig Von Teoría General de los Sistemas Fondo de Cultura Económica México, 1976.
4. Boguslavski, V.; Chertijin, V.; Ezrin, G.; Karpushin, V. Rakitov, A. El Materialismo Histórico y Dialéctico Ensayo de Divulgación Editorial Progreso Moscú 1976.
5. Braunmühl Von Claudia, Mercado Mundial y Estado-Nación Cuadernos Políticos N^o. 35 Ediciones Era Enero-Marzo 1983 pp. 4-14 México.
6. Brucan, Silviu La Disolución del Poder Editorial Siglo XXI México, 1974.
7. Cappaletti Vidal, Ricardo, et al; Relaciones Internacionales: Integración y Subdesarrollo, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1969.
8. Cid Capetillo, Iliana Reflexiones Críticas sobre el Surgimiento Teórico de la Disciplina de las Relaciones Internacionales en "Relaciones Internacionales" Revista del Centro de Relaciones Internacionales de la UNAM N^o. 23 octubre-diciembre 1978.
9. Deutch, Karl W. El Análisis de las Relaciones Internacionales Colección Psicología Social y Sociología, Volumen 57, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1974.
10. Fougeyrollas, Pierre Ciencias Sociales y Marxismo Fondo de Cultura Económica. México 1981.
11. Fougeyrollas, Pierre Los Procesos Sociales Contemporáneos Fondo de Cultura Económica. México 1982.

12. Frankel, Joseph International Politics Penguin Books London 1973.
13. González-Souza, Luis F. Una Concepción Totalizadora de las Relaciones Internacionales: Clave para Comprender la Especificidad e Importancia de la Disciplina en "Relaciones Internacionales" Revista del Centro de Relaciones Internacionales de la UNAM N.º. 23 octubre-diciembre 1978.
14. Hoffman, Stanley Teorías Contemporáneas sobre las Relaciones Internacionales Editorial Tecnos Colección Ciencias Sociales N.º. 30, Madrid 1963.
15. Kosik, Karel "Dialéctica de lo Concreto" Editorial Grijalvo, S.A. Octava Edición México, 1967.
16. Marx, Karl "El Método en la Economía Política" Colección 70 N.º. 100, Editorial Grijalvo, México 1971.
17. Marx, Karl y Engels Friederich "Obras Escogidas" Editorial Progreso, Moscú.
18. Marx, Karl "El Capital: Crítica de la Economía Política" Editorial Fondo de Cultura Económica México, 1973.
19. Medina Ortega, Manuel Teoría de las Relaciones Internacionales Seminarios y Ediciones, S.A. Madrid, 1973.
20. Merle, Marcel Sociología de las Relaciones Internacionales Editorial Alianza, AI 215 Madrid 1978.
21. Mesa, Roberto Teoría y Práctica de Relaciones Internacionales Taurus Ediciones, Madrid 1980.
22. Ouspensky, P.D. Tertium Organum: A Key to the Enigmas of the World Vintage Books, New York, 1970.
23. Rifkin, Jeremy & Howard, Ted Entropy: A New World Vision Bantam Books, New York, 1981.
24. Snyder, Glenn & Diesing, Paul Conflict Among Nations Princeton University Press, New Jersey 1977.
25. Weber, Max Sobre la Teoría de las Ciencias Sociales Ediciones Península, Barcelona, 1977.
26. Young, Oran R. Sistemas de Ciencia Política Fondo de Cultura Económica, México 1982.
27. Analyzing International Relations: A Multimethod Introduction Edited by William Coplin and Charles Kegler Jr. Praeger Publishers, New York 1975.

28. Contending Approaches to International Politics Edited by Klaus Knorr and James N. Rosenau Princeton University Press, New Jersey, 1972.
29. El Estudio Científico de las Relaciones Internacionales serie estudios N.º. 54, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, México, 1978.
30. Estudio Científico de la Realidad Internacional II Coloquio Internacional de Primavera. Serie Estudios N.º. 65, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, México, 1981.

28. Contending Approaches to International Politics Edited by Klaus Knorr and James N. Rosenau Princeton University Press, New Jersey, 1972.
29. El Estudio Científico de las Relaciones Internacionales serie estudios N^o. 54, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, México, 1978.
30. Estudio Científico de la Realidad Internacional II Coloquio Internacional de Primavera. Serie Estudios N^o. 65, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. México, 1981.